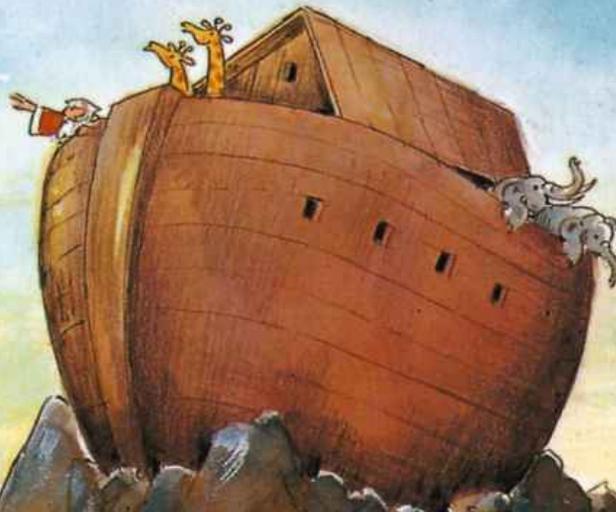


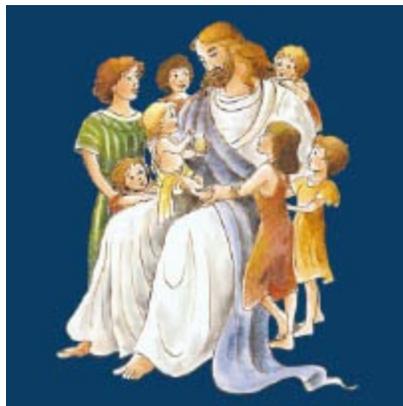


La Biblia de los niños



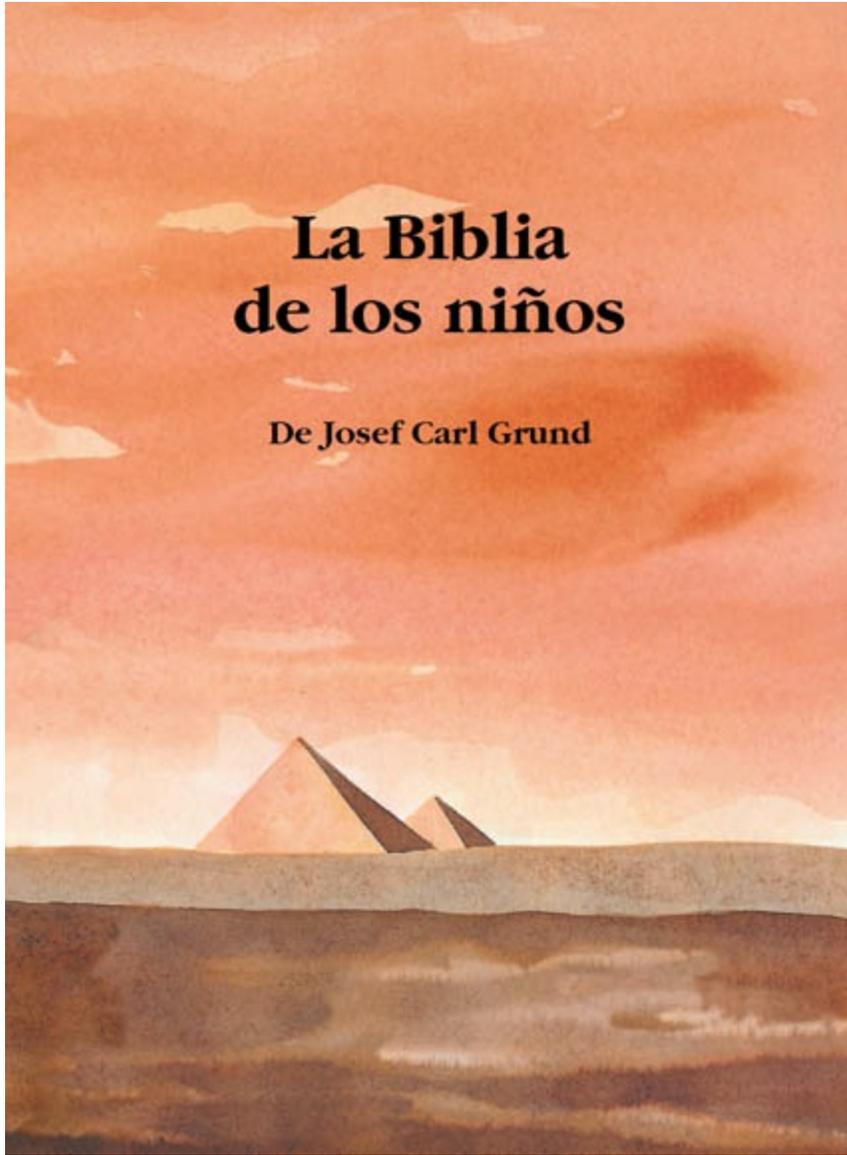
La Biblia de **los niños**

La Biblia de los niños narra en un lenguaje sencillo historias como la de Noé y el Arca, la de Moisés, el niño abandonado en el Nilo en una cesta, la de José y sus hermanos, y la lucha entre David y Goliat. También relata la vida y la obra de Jesús y sus discípulos. Los principales pasajes del Antiguo y el Nuevo Testamento se recrean en estas páginas con bellas ilustraciones a todo color.



La Biblia de los niños

De Josef Carl Grund



Índice

I Historias del Antiguo Testamento

Y Dios creó el mundo

Los siete días de la Creación

Los primeros humanos

El paraíso

Caín y Abel

El Arca de Noé

Los fanfarrones

Un barco en tierra firme

Llegan los animales

El diluvio universal

El cuervo y la paloma

El arco iris

José y sus hermanos

Los sueños de José

La venta de José

José en la cárcel

Los sueños del faraón

Los hermanos de José llegan a Egipto

José se da a conocer
El pueblo de Israel

La huida de Egipto

El niño en la cesta
La zarza ardiente
Las plagas
La marcha a través del mar
Milagros en el desierto
Los Diez Mandamientos
El becerro de oro
Los exploradores
La muerte de Moisés

La conquista de Canaán

Las trompetas de Jericó
Luchas y victorias

Los reyes

Saúl
David
Salomón

II Historias del Nuevo Testamento

El milagro de Belén

El ángel mensajero
La estrella sobre el pesebre
Los sabios de Oriente
La huida a Egipto

Jesús en Galilea

El bautizo en el Jordán
Las bodas de Canaán
El centurión de Cafarnaúm
El sermón de la montaña
El milagro de los panes y los peces
El buen samaritano
Tú eres Cristo

Jesús va a Jerusalén

Lázaro, sal fuera
Lado sea en nombre del Señor

Jesús triunfa sobre la muerte

La última cena
El juicio de Jesús
La cortina del templo se desgarró
Resurrección y ascensión

I
Historias del
Antiguo Testamento



**Y Dios creó
el mundo**



Los siete días de la Creación

Al principio, Dios creó el cielo y la Tierra, y dijo:

—Hágase la luz.

Al día siguiente, reunió el agua en el cielo, dándole la forma de ligeras nubes blancas o de pesadas nubes grises de lluvia.

Al tercer día, Dios hizo que el agua se derramara sobre la Tierra y la dividió en fuentes y arroyos, ríos y torrentes, lagos y mares.

Luego hizo que brotaran muchas plantas.

Al cuarto día, Dios el Señor creó el Sol, la Luna y las estrellas.

Gracias a la luz y al calor del sol, las plantas florecieron hasta alcanzar su preciosa hermosura.

Al quinto día, Dios creó los animales en el agua y en el aire.

Al sexto día, creó todos los animales que habitan sobre la Tierra.

Entonces hubo vida en toda la Tierra: en el agua, en el cielo y en tierra firme.

Dios el Señor vio que esto era bueno y se alegró.

Y después se dijo:

—Ahora quiero crear al hombre.

Dios creó al primer hombre y a la primera mujer. Los bendijo y les dijo:

—Os regalo a vosotros y a vuestros hijos la Tierra, con los peces del agua, los pájaros del cielo, y las plantas y los animales terrestres. Administradlos bien.

Dios decidió que el séptimo día debía ser para descansar.

Los primeros humanos



El paraíso

Los primeros humanos se llamaban Adán y Eva. Vivían en el jardín del Edén, que Dios había creado para ellos. Era un maravilloso jardín, con árboles y arbustos llenos de frutos, una multitud de animales y arroyos de agua cristalina. Adán y Eva lo llamaron «el paraíso».

Dios les dijo:

—Podéis comer de todos los árboles. Pero no tenéis que comer del árbol que está en el centro del jardín. Si coméis de sus frutos, moriréis.

Adán y Eva vivían felices en el paraíso y jamás se acercaban al árbol prohibido.

Pero en el jardín también vivía la serpiente. Era la más lista entre todos los animales, y quería dañar al hombre.

Un día, mientras Eva recogía flores, la serpiente le dijo:

—¿Por qué evitáis el árbol que da las manzanas más preciosas?

—Dios nos ha prohibido comer de los frutos de ese árbol —respondió Eva—. Si los comemos, moriremos.

—Eso no es cierto —dijo la serpiente—. Si coméis de sus frutos seréis como Dios, y sabréis lo que es el bien y lo que es el mal.

Eva creyó a la serpiente, y deseaba ser igual a Dios el Señor. De modo que corrió hasta el árbol prohibido del centro del jardín, tomó una manzana y se la comió.

La fruta tenía un sabor delicioso.

Eva llamó a Adán, y él también comió de la manzana.

Y entonces se dieron cuenta de que estaban desnudos, se avergonzaron y se escondieron detrás de unos arbustos.

Dios los llamó y les preguntó por qué se escondían.

—Nos avergonzamos ante ti, pues estamos desnudos —respondió Adán.

—Si sabéis que estáis desnudos, es que habéis comido del árbol prohibido —dijo el Señor muy enojado.

—La serpiente me tentó —se disculpó Eva.

Dios el Señor abominó de la serpiente, y dijo a Adán y Eva:
—Puesto que no me habéis obedecido, os expulso del paraíso.
Deberéis vivir con dificultades y grandes trabajos, hasta que la muerte os lleve del mundo.
Les dio ropas hechas con pieles y les condujo fuera del paraíso.
Y colocó un ángel armado con una espada de fuego en la entrada del jardín.

Caín y Abel



Según la Biblia, Adán y Eva se convirtieron en los primeros padres de la Humanidad.

Primero tuvieron dos hijos, a los que llamaron Caín y Abel.

Caín trabajaba la tierra y Abel se hizo pastor.

Un día, los hermanos construyeron dos altares de piedra e hicieron una ofrenda a Dios. El humo de la ofrenda de Abel subió hacia el cielo, pero el de

Caín se quedó a ras de suelo.

—Dios ama a mi hermano más que a mí —pensó Caín invadido por un odio terrible.

Así que empujó a Abel al suelo y lo mató de un golpe.

Pero entonces oyó la voz del Señor:

—Caín, ¿dónde está tu hermano?

—¿Cómo podría yo saberlo? —respondió Caín—. Yo no le vigilo.

—¡La sangre de Abel asciende hasta mí! —clamó el Señor—. Debes ser castigado por tu crimen. ¡No encontrarás nunca la paz en la Tierra, hasta que la muerte te redima!

Caín huyó sin despedirse de su padre Adán ni de su madre Eva.

El Arca de Noé



Los fanfarrones

Adán y Eva tuvieron muchos otros hijos, y los hombres se multiplicaron sobre la Tierra. Todos podían conversar con Dios el Señor. Él les hablaba y ellos entendían lo que decía. Pero poco a poco fue aumentando el número de personas que se preguntaba:

—¿Para qué necesitamos un Señor Dios? ¡Todo lo tenemos que hacer nosotros! Sembramos grano, cosechamos frutos y construimos casas. Nos matamos trabajando y encima tenemos que obedecerle. Y él, ¿qué hace mientras tanto? Eso es injusto.

El viejo Noé y su familia no pensaban así.

—No ofendáis a Dios —advertía Noé a los insatisfechos—. ¿Qué sería de la semilla sin la bendición del Señor? ¿Dónde estarían los frutos sin su sol, su lluvia, su viento y sus abejas, que esparcen el polen de las flores? ¿Dónde estarían nuestras casas si el Señor no las protegiera de las tormentas y los rayos? ¿Dónde estaríamos nosotros y nuestros hijos, si Él no nos protegiera de todos los males?

Pero los insatisfechos no le hacían caso. A medida que sus fanfarronerías iban en aumento, más sordos se hacían sus oídos a los consejos de Noé. Y al poco tiempo ya no eran capaces de escuchar nada que no fuera sus propias voces. Dejaron de oír a Dios.

Los más fuertes entre los insatisfechos se dijeron:

—¿Por qué estamos trabajando con nuestras propias manos?

¡Los más débiles han de trabajar para nosotros!

Los más débiles tomaron entonces una determinación:



—Si los fuertes quieren obligarnos a trabajar para ellos, tendremos que defendernos. ¡Si todos permanecemos juntos, seremos más fuertes que ellos! Noé seguía predicando en favor de Dios el Señor, a quien continuaba escuchando, e ignoraba a los provocadores. En el nombre de Dios les imploraba que vivieran todos juntos en paz.

—¡Pero qué tontería! —se burlaban de él los más fuertes.

—¡Pero qué estupidez! —se mofaban los más débiles.

Los fuertes embestían contra los débiles y los débiles les devolvían el golpe.

Y se producían asesinatos y muertes, robos y torturas.

Morían las mujeres, los hombres, los niños y el ganado. Las casas y las cabañas eran pasto de las llamas, los bosques ardían. Los hombres se comportaban como bestias salvajes.

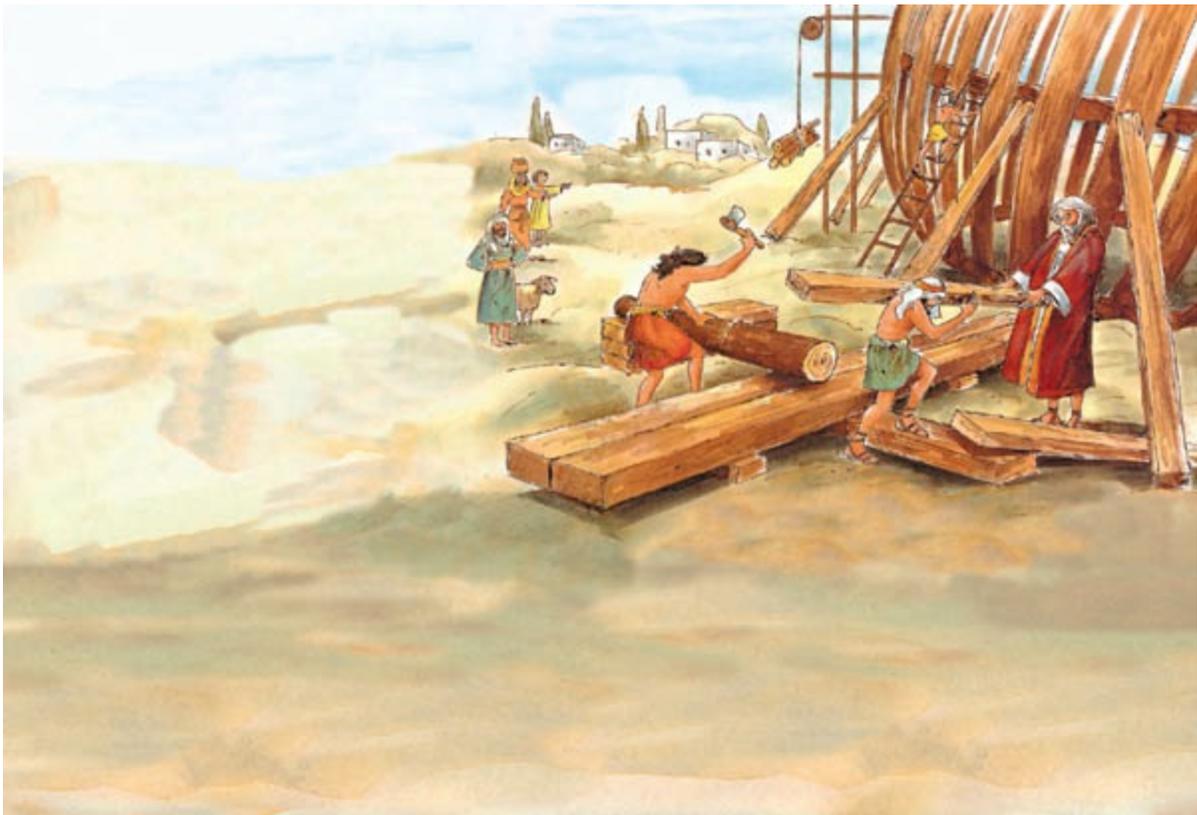
Y a todo esto lo llamaron «guerra».

Dios se arrepintió de haber creado a estos hombres malvados, y decidió destruir todo lo que había sobre la faz de la Tierra para que la paz volviera a reinar.

Le dijo a Noé:

—Construye un barco enorme con madera de ciprés.
Deberá tener tres pisos y muchos camarotes.
Impermeabilízalo con brea y fábricale un techo inclinado para resguardarlo de la lluvia. Haré que caiga un gran diluvio sobre la Tierra y destruiré todo aquello que respira. Pero quiero salvarte a ti y a tu familia, y a una pareja de cada especie animal. Cuando te lo indique, reúne a un macho y una hembra de cada animal del mundo en el gran barco para que sobrevivan y se reproduzcan. Almacena también suficientes provisiones para todos.
¡Apresúrate!
Noé y sus hijos comenzaron a construir la gigantesca nave que Noé bautizó como «el Arca».

Un barco en tierra firme



Noé, sus hijos y las mujeres trabajaban desde el amanecer hasta la noche.

Los hombres talaron poderosos árboles y convirtieron sus troncos en sólidas vigas y gruesas tablas. Las mujeres cosecharon grano y frutos, secaron carne y llenaron numerosas vasijas de leche y miel para asegurar la alimentación de los humanos. También acumularon una gran cantidad de alimentos para los animales.

Pronto se extendió el rumor de que Noé y su familia se habían vuelto locos. Los hombres, las mujeres y los niños se acercaban al Arca, la miraban, se golpeaban en la frente, sonreían, se reían a carcajadas y se burlaban.

Estos locos construían un barco enorme en la colina más alta del lugar. ¡Un barco en tierra firme! Y no había ningún lago o mar a la redonda donde el armatoste pudiera navegar.

¡Y la mujer de Noé y las mujeres de sus hijos almacenaban tal cantidad de provisiones como si se dispusieran a viajar hasta el fin del mundo!

¡Estos locos!

¡Estos chiflados!

¡Estos majaretas!

A algunos les pareció sospechosa la destreza con la que Noé, Sem, Ham y Jafet construían la formidable embarcación. ¿Dónde habían aprendido a trabajar de esta forma?

Los curiosos no podían saber que Dios el Señor indicaba a Noé todo lo que él y sus hijos debían hacer. Los guasones ya no veían al Señor ni podían escuchar su voz.

Noé y los suyos, en cambio, sí lo veían y hacían todo lo que Él les decía. No prestaban atención a las burlas de los demás.

El Arca creció y creció, y las provisiones se apilaban frente a ella. Y la gente se burlaba cada vez más.

Noé y sus hijos habían construido una gran puerta en el Arca, tan grande que hasta un elefante pasaría tranquilamente por ella.

Sin embargo, en el casco de la embarcación se veían muy pocas ventanas y todas bien provistas de gruesas persianas de madera. ¿Para qué querrían estos chalados tres pisos con tantos camarotes?

Ahora cargaban cubos llenos de brea.

¡Qué absurdo!

Y extendían la brea en todas las juntas y las rendijas del coloso.

Más tarde llevaron todas las provisiones al interior.

—¡Buen viaje! —se mofaba la gente—. ¡Tened cuidado, no vayáis a ahogaros en la hierba!

Entre las estrepitosas risas, de pronto se escuchó una voz sobresaltada:

—¡Sálvese quien pueda! ¡Llegan los animales!

Llegan los animales



Ni el propio Noé fue capaz de evitar el asombro.

Los ojos y las bocas de sus hijos y de las mujeres estaban abiertos como platos.

Los curiosos y los burlones huían corriendo.

Pero lo cierto es que la escena era impresionante.

Una monumental manada de animales se acercaba pesada y trabajosamente, andaban y se arrastraban, volaban y serpenteaban hacia el Arca. Se oían

gruñidos y bufidos, resoplidos y cacareos, silbidos y cantos, relinchos y graznidos, balidos, chillidos, ladridos y aullidos, todo tipo de sonidos. Venían en fila india por parejas, siempre un macho al lado de una hembra. Leones, tigres, caballos y monos, osos, cabras, cerdos y bueyes, conejos, cocodrilos, jirafas y perros, saltamontes, hormigas, camellos y ovejas, pájaros de todo tipo, mariposas, abejorros y abejas, ranas, sapos, erizos y serpientes. Había una pareja de cada especie animal.

Y ninguna amenazaba a ninguna otra:

ni el león a la cebra, ni el gato al ratón, ni el erizo a los gusanos o a los escarabajos...

Los animales desfilaban en perfecto orden hacia la puerta del Arca.

Noé escuchó la voz del Señor:

—Yo he elegido a los animales y he reunido la manada. Tú, Noé, habrías olvidado demasiados. También te ayudaré a hallar espacio para todos ellos.

La gente regresó al Arca cuando se dio cuenta de que la conducta de los animales era pacífica. Sus ojos contemplaban llenos de asombro cómo la inmensa manada desaparecía dentro de la nave.

Noé, sus hijos, Naamah y las mujeres de los hijos se dejaron ver por última vez frente a la puerta del Arca. Elevaron los brazos al cielo, como si saludaran a alguien.

Después, la puerta se cerró.

Como no sucedía nada, los curiosos empezaron a irse. Sus burlas contra Noé eran ahora más grotescas: se había encerrado con toda su familia y un montón de animales en ese sitio oscuro, mientras fuera el sol brillaba en todo su esplendor.

¡Está loco!

El diluvio universal



Noé, obedeciendo las indicaciones del Señor, había cerrado la puerta y las ventanas del Arca. Sin embargo, dentro de la embarcación no había oscuridad, puesto que una luz suave iluminaba los camarotes.

Dios envió el diluvio universal al amanecer del séptimo día, tal como había anunciado a Noé. Ríos de agua brotaban del suelo y caían desde el cielo. Los arroyos, los ríos y los lagos se desbordaron e inundaron los campos. Las terribles tormentas hacían temblar la tierra.

La gente y los animales, presas del pánico, huían de sus casas, cabañas, establos, cuevas y moradas. Ya nadie se burlaba.

El nivel del agua subía con rapidez, anegando jardines y cultivos, pueblos y ciudades.

La gente y los animales intentaban buscar refugio en lo alto de colinas y montañas, pero la inundación los alcanzaba en seguida. Algunos corrieron hacia el Arca de Noé. Pero cuando se encontraban a unos pasos de ella, el agua inundó la colina y el barco empezó a navegar.

Se produjeron luchas despiadadas para obtener los últimos lugares de tierra firme, en lo más alto de las montañas, tanto entre los hombres y los animales,

como entre los fuertes y los débiles. Y los guerreros más terribles eran los que a menudo sentían más miedo.

Hubo peleas también por los últimos maderos, tablas y troncos flotantes, pero nadie resultó vencedor. Transcurridos algunos días con sus noches, incluso los más fuertes perecieron ahogados.

Y la lluvia continuó cayendo, y la tierra continuó liberando el agua que había descansado en sus profundidades.

Durante cuarenta días y cuarenta noches.

Hasta que las cimas de las montañas más altas también fueron engullidas por el diluvio universal.

Pero el Arca de Noé resistió las terribles tormentas y venció a las olas más violentas.

Noé, su mujer, sus hijos y sus mujeres estaban ocupadísimos. Cuando las olas inclinaban el Arca hasta que parecía que iba a naufragar, tenían que tranquilizar a los asustados animales pese al miedo que ellos mismos sentían. Además, debían alimentar a los animales y atender a las hembras que tenían a sus crías durante el viaje.

Todos respiraron aliviados cuando, después de cuarenta días con sus respectivas noches, la tormenta amainó.

El agua no había empezado todavía a descender, pero el Arca navegaba tranquilamente por el gran océano del mundo.

El cuervo y la paloma



Después de ciento cincuenta días, Dios envió un viento seco sobre la Tierra y el agua empezó a descender.

El Arca tocó tierra firme y dejó de navegar. Se encontraba sobre la cima del monte Ararat, una imponente montaña situada en Oriente, en la actual Turquía.

El agua continuaba su descenso. Las cimas de las montañas más altas asomaban cada vez más a la superficie.

Tras cuarenta días, Noé abrió una ventana del Arca y dejó salir a un cuervo. El ave se elevó en el aire y se alejó graznando. Gracias a la aguzada vista había divisado un objeto oscuro en una de las cimas. Se trataba del cuerpo sin vida de un búfalo que las aguas habían transportado hasta allí.

Los cuervos se alimentan de carroña, de modo que el descubrimiento del animal ahogado alegró al cuervo de Noé. Con él podría alimentarse durante mucho tiempo.

El cuervo permaneció en la lejana cima. Y los miembros del Arca esperaron en vano su regreso...

Transcurridos siete días, Noé dejó salir a una paloma, que se elevó en el aire

y empezó a volar en círculos.



Pero los bosques, los jardines y los prados de la Tierra se hallaban todavía bajo las aguas. La paloma buscó en vano un árbol donde poder construir su nido. Pero no encontró ni la menor huella de naturaleza viviente. Las cimas desnudas de las montañas más altas no la atraían.

De modo que regresó al Arca.

Tras otros siete días, Noé envió a la paloma por segunda vez. Cuando regresó aquella tarde, traía una rama de olivo en el pico, con hermosísimas hojas verdes.

Noé supo en aquel momento que las aguas del diluvio universal habían descendido por fin. Pero como era un hombre precavido, envió a la paloma por tercera vez.

Y esta vez no regresó.

La Tierra se había secado.

Dios el Señor habló a Noé:

—Abandona el Arca junto a tu mujer, tus hijos, sus mujeres y todos los

animales que están contigo. Os regalo la nueva Tierra a vosotros y a vuestra descendencia. Id en paz.

De modo que Noé y sus hijos, su mujer Naamah y las mujeres de sus hijos salieron del Arca, seguidos por todos los animales.

Los animales que habían nacido en el Arca saltaban alegres en torno a sus madres: el ternero con la vaca, el potro con la yegua, los lechones con la cerda, los pollitos con la gallina...

Noé construyó un altar de piedra y realizó una ofrenda de gratitud a Dios.

El arco iris



Dios el Señor se alegró de la jubilosa gratitud que le expresaban los humanos. Y les dijo:

—De ahora en adelante deberá reinar la paz entre nosotros. Nunca volveré a destruir la Tierra por culpa del hombre. Nunca más deberán cesar la siembra

y la cosecha, el frío y el calor, el verano y el invierno, el día y la noche. Luego bendijo a Noé, a Naamah, a Sem, a Ham, a Jafet y a sus mujeres, y dijo:

—Como muestra de la paz que sellamos entre nosotros, pondré este arco en el cielo. Cada vez que lo veáis brillar, sabréis que contáis con mi misericordia.

Y Dios el Señor hizo brillar los colores celestiales del arco iris por vez primera en el firmamento...

Noé vio a Dios muchas otras veces, pues murió a una edad muy avanzada. La Biblia así lo relata.

La Biblia también narra que los hijos de Noé y sus mujeres tuvieron muchos hijos y nietos, que se dispersaron por todo el mundo y se convirtieron en el origen de todos los pueblos...

Y, todavía hoy, el arco del Señor, llamado arco iris, resplandece en el cielo tras la lluvia y las tormentas entre los rayos del sol.

José y sus hermanos



Los sueños de José

Mucho tiempo después del diluvio universal, vivió en el país de Canaán un hombre temeroso de Dios llamado Jacob. Dios el Señor le dio el apodo de «Israel», que significa «el que pelea con Dios».

Jacob tenía doce hijos. El mayor se llamaba Rubén, y los dos más pequeños José y Benjamín.

José era el hijo predilecto de Jacob. El padre le regalaba hermosas ropas y le evitaba los trabajos más pesados.

Esto resultaba enojoso para sus hermanos, que sentían celos.

Un día, José les contó lo que había soñado:

—Atábamos gavillas de trigo en el campo —les relató—. Mi gavilla se alzaba y se mantenía derecha, mientras que las vuestras se inclinaban ante ella.

—¿Quieres decir que un día reinaras sobre nosotros y tendremos que obedecerte? —preguntaron los hermanos, que ahora lo odiaban.

Pero José no se daba cuenta de nada. Después de un tiempo les contó otro sueño que había tenido:

—Soñé que el Sol, la Luna y once estrellas se inclinaban ante mí. Este sueño encolerizó a los hermanos, que se lo contaron a su padre.

Hasta el mismo Jacob reprochó a José, el soñador:

—Si piensas que yo soy el Sol, tu madre la Luna y tus hermanos las estrellas, entonces fue un sueño maligno —dijo, disgustado—. ¿Por qué tendríamos que postrarnos ante ti? ¡No vuelvas a decir semejantes tonterías!

Pero, a pesar del regaño, José siguió siendo el hijo predilecto de Jacob y el odio de sus hermanos siguió creciendo.

La venta de José



Los hermanos de José llevaban a pastar los rebaños de vacas, ovejas y cabras del padre. José lo ayudaba en casa.

Un día, Jacob le dijo:

—Ve donde tus hermanos y comprueba que no haya problemas con los animales.

Y así lo hizo.

Cuando los hermanos vieron venir a José, algunos decidieron que lo matarían.

Rubén, el hermano mayor, se opuso a este plan, pues sentía compasión por su hermano menor.

—No derraméis su sangre —les rogó—.

Asesinar al propio hermano es uno de los crímenes más graves.

Rubén les señaló un pozo seco que había cerca.

—Arrojadle al pozo, es un castigo suficiente por su arrogancia.

En secreto, Rubén pretendía rescatarlo más tarde del pozo y volver a llevarlo con su padre.

Cuando José llegó donde se encontraban sus hermanos, estos le desgarraron

los costosos ropajes y lo arrojaron al pozo. Rubén regresó a cuidar los rebaños, mientras los demás se sentaron a comer. En eso pasó por allí una caravana de mercaderes con los camellos bien cargados. Se dirigían a Egipto para vender especias, incienso y alfombras.



Judá les dijo a sus hermanos:

—Es mejor que vendamos a José a estos mercaderes como esclavo que dejar que se muera de hambre en el pozo. De ese modo nadie podrá responsabilizarnos de su muerte, y además obtendremos dinero a cambio. José tiene diecisiete años y es fuerte. Será un buen esclavo.

A los demás hermanos les pareció buena idea. Sacaron a José del pozo y lo vendieron por veinte monedas de plata a aquellos comerciantes.

Cuando Rubén regresó a rescatar a José, vio que el pozo estaba vacío.

—¿Dónde está José? —gritó a sus hermanos.

—No te pongas así —refunfuñó Judá—. Lo hemos vendido como esclavo. Si aprende a trabajar bien, no le irá mal en Egipto.

Rubén muy preocupado murmuró:

—Y ahora, ¿cómo se lo diremos a nuestro padre?

Los demás hermanos mataron una cabra, desgarraron la túnica de José y la mancharon con la sangre del animal.

Llevaron la túnica ensangrentada a Jacob y Judá le preguntó:

—¿No es esta la túnica de José? La encontramos de camino a casa.

Jacob sólo pudo cubrirse la cara con ambas manos.

—¡José! —gritó con desesperación—. Un animal feroz ha debido de atacarlo y...

No dijo más, pero emitía callados sollozos que lo hacían temblar. Sus hijos Leví y Simeón intentaron consolarlo, pero él los rechazó. Rubén se mantuvo aparte. Se mordía los dientes, apretaba los puños y se avergonzaba profundamente.

José en la cárcel



Los comerciantes se llevaron a José a Egipto y lo vendieron a Putifar, el comandante de la guardia real. Pero Dios el Señor protegía a José en todo lo que hacía. Putifar pronto se sintió muy satisfecho de su esclavo y lo nombró administrador de todos sus bienes.

Quien no se sentía complacida con José era la mujer de Putifar. En realidad lo odiaba, pues no la halagaba ni la idolatraba como ella quería.

De modo que un día, muy enojada, se quejó de él a su marido.

—¡El esclavo José me ofende desde hace mucho tiempo!

—exclamó—. ¡Estoy harta! ¡Retíralo de mi vista!

Putifar confiaba en su mujer, pues era muy bella y la amaba mucho. No hizo ninguna pregunta y ordenó que José fuera encarcelado.

Pero, incluso en la prisión, Dios el Señor continuó protegiendo al hijo de Jacob. José pronto se hizo amigo del carcelero.

Un día, el mayordomo del faraón (así llamaban los egipcios a su rey) fue llevado a la cárcel. Un taimado funcionario de la corte había contado mentiras sobre él, el faraón las había creído y, de pronto, el mayordomo se enfrentaba a una condena de muerte. En su segunda noche en la cárcel, el mayordomo tuvo un extraño sueño.



Contó el sueño a los demás prisioneros, pero ninguno supo interpretarlo. Y en eso llegó José, que le traía la comida. El mayordomo también le relató lo que había soñado:

—Soñé con una parra que tenía tres racimos. Verdeaban y florecían, y sus uvas maduraban. Recogí las uvas, exprimí el zumo en una copa y se la di al faraón.

—No soy yo quien interpreta tu sueño —dijo José—. Dios el Señor lo hace a través de mí. Los tres racimos significan tres días. En tres días, el faraón te perdonará y volverás a servirle sus copas de vino, como antes.

—Si eso es cierto, me gustará concederte un gran deseo —dijo el mayordomo.

—Recuérdame cuando seas libre —le pidió José—. Háblale de mí al faraón, pues yo también me encuentro aquí injustamente.

El mayordomo prometió que así lo haría.

Ocurrió tal como José había predicho. Tres días después, el faraón ordenó liberar al mayordomo, que volvió a desempeñar su trabajo.

El perdonado no cabía en sí de felicidad y celebró su puesta en libertad con

su familia y sus amigos.
Pero se olvidó del esclavo José.

Los sueños del faraón



Transcurrieron dos años y José seguía en la cárcel. Aunque el carcelero lo trataba mejor que a los demás condenados, su situación era desesperante. José sentía que no sólo el ingrato mayordomo se había olvidado de él, sino incluso Dios el Señor... Pero en esos días el faraón tuvo un sueño fuera de lo común. Vio cómo siete vacas muy gordas salían del Nilo y pastaban a orillas del río. A continuación, siete vacas muy flacas salían del agua, se acercaban a las vacas gordas y las devoraban.

El faraón despertó sobresaltado por la horrorosa visión.

Cuando consiguió volver a conciliar el sueño, tuvo otro sueño asombroso.

Vio una caña de trigo de la que brotaban siete espigas bien repletas de grano.

Detrás crecían otras siete espigas, flacas y arrugadas. Las espigas escuálidas envolvían a las llenas y se las tragaban.

El faraón despertó muy confundido aquella mañana. Hizo llamar a los intérpretes de sueños más famosos de todo Egipto y les relató lo que había soñado. Los sabios consultaron durante mucho tiempo, pero no llegaron a ninguna conclusión.

En eso, el mayordomo se acordó de José, y le contó al faraón acerca de un esclavo encarcelado que sabía interpretar los sueños. El faraón hizo que le trajeran a José y le describió lo que había soñado.

José le hizo una reverencia.

—No soy yo, faraón, quien interpreta tus sueños —dijo con modestia—. Dios el Señor, que fue quien los originó, los interpreta a través de mí.

—¡Me da igual quién los interprete! —gruñó el faraón—. ¡Dime lo que sepas!

—Los dos sueños son iguales —explicó José—. Las siete vacas gordas y las siete espigas llenas significan siete años de abundancia. Las siete vacas flacas y las siete espigas delgadas significan siete años de hambre en los que el ganado apenas tendrá qué comer y las frutas en el campo se secarán. Faraón, con estos sueños, Dios el Señor te anuncia que vendrán siete años de abundancia, seguidos de siete años de hambruna y sequía.



—Esta ha de ser la interpretación correcta —dijo el faraón—. ¿Qué me recomiendas?

—Almacena provisiones durante los siete años de abundancia para los siete años de escasez —respondió José—. Construye silos y depósitos, y vigílalos bien. Deja que un hombre inteligente y honrado se ocupe de organizarlo todo. Así, tu pueblo será capaz de sobrevivir en los tiempos difíciles que vendrán.

—Es un sabio consejo —aprobó el faraón—. ¿Y quién más apropiado que tú para supervisar el almacenamiento de las provisiones?

El faraón colocó a José un anillo con el sello real en el dedo y le colgó una cadena de oro en torno al cuello. Esto significaba que todos los egipcios debían obedecer sus órdenes.

José, ahora convertido en alto dignatario, viajó por todo Egipto y se aseguró de que se reunieran suficientes provisiones en los silos. Cuando llegaron los siete años de escasez, todos los países que rodeaban Egipto fueron presa del hambre. Sólo los egipcios se libraron de ella.

José mandó entonces abrir los silos y los depósitos, y repartió las provisiones equitativamente.

Los hermanos de José llegan a Egipto



La hambruna también asoló al país de Canaán, donde vivían el padre y los hermanos de José con sus familias. Cuando Jacob se enteró de que en Egipto se vendían cereales, les dijo a sus hijos: —Id a tierras egipcias y comprad trigo para que podamos sobrevivir.

Diez de los hermanos ensillaron sus camellos y mulas, y se hicieron al camino. Benjamín, el menor, permaneció en casa, tal como deseaba Jacob. Una vez en Egipto, los hermanos se dirigieron a la autoridad superior que supervisaba la repartición y venta del trigo.

El funcionario responsable no era otro que José, que vestía nobles ropas egipcias y se adornaba con costosas joyas.

Sus hermanos no lo reconocieron. Se inclinaron ante él y le pidieron autorización para comprar trigo.

José, en cambio, los reconoció de inmediato, pero disimuló. —¿De dónde venís? —preguntó con severidad.

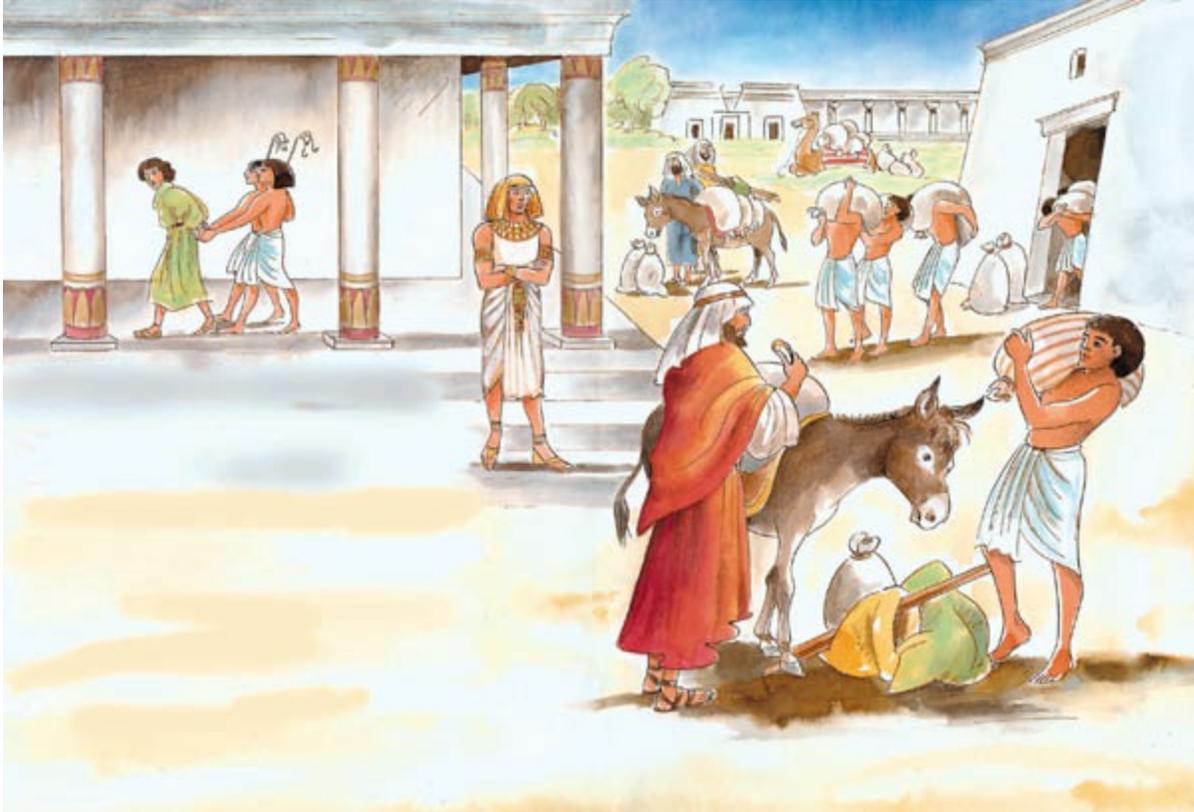
Rubén, el hermano mayor, contestó:

—Venimos de Canaán. El hambre asola todo el país. Ayúdanos, gran señor, en nuestra necesidad.

—No os creo —dijo José—. Sois espías enemigos que exploráis Egipto. Cuando hayáis visto suficiente, iréis donde vuestro rey y le diréis cuáles son nuestros puntos débiles, dónde nos puede atacar para destruirnos. Pero yo os llevaré a juicio y os condenaré. Los hermanos se arrojaron al suelo y le juraron que no eran espías. —Somos doce hermanos —dijo Rubén—. El menor se ha quedado haciendo compañía a nuestro padre y otro desapareció. —Ya veremos si decís la verdad —exclamó José—. Me quedaré con uno de vosotros como rehén. Los demás me compraréis el trigo y os lo llevaréis a Canaán. Si regresáis con vuestro hermano menor, os crearé y pondré en libertad al prisionero.

—Este es el castigo que merecemos por haber vendido a José —susurró Simeón a sus hermanos.

José lo escuchó. Y le costó un enorme esfuerzo reprimir su compasión. Pero estaba dispuesto a poner a sus hermanos a prueba para constatar que con los años se habían convertido en mejores personas.



De modo que mandó encarcelar a Simeón. Luego ordenó que se cargaran los camellos y las mulas de sus hermanos con sacos repletos de trigo.

Aliviados y tristes al mismo tiempo, los nueve hermanos regresaron a Canaán.

Pero cuán grande no fue su sorpresa cuando llegaron a casa y abrieron los sacos. ¡En ellos encontraron, junto con el trigo que habían comprado, el dinero que habían pagado por él!

—No pasaremos hambre en los próximos tiempos —dijo Jacob, el padre—, pero no siento regocijo alguno. Simeón se encuentra en la cárcel y no deseo enviar a Benjamín a un viaje tan peligroso. Es el más joven y me recuerda mucho al pobre José. No quiero perderle a él también.

José se da a conocer



La hambruna continuaba arrasando Canaán, las provisiones se terminaban. Jacob encargó a sus hijos que volvieran a Egipto para comprar más cereales. —El señor egipcio quiere ver a Benjamín —dijo Judá—. Sin Benjamín no nos dará más trigo y Simeón deberá continuar languideciendo en la cárcel. Descorazonado, Jacob se vio obligado a acceder.

—Pues id entonces con Benjamín —dijo.

Bendijo a sus hijos y les dio costosos regalos para el distinguido señor egipcio. Asimismo, les ordenó que le devolvieran el dinero que habían encontrado dentro de los sacos. Jacob creía que sólo un descuido podía explicar lo sucedido.

El padre se despidió de sus hijos hasta que se perdieron de vista en el horizonte...

Aunque el viaje fue muy duro, los hermanos llegaron sanos y salvos a su destino.

Los mensajeros anunciaron a José que los hombres de Canaán habían llegado.

—¿Cuántos son? —preguntó José.

—Diez, señor —respondieron los mensajeros.

José supo entonces que Benjamín se encontraba entre ellos.

Y ordenó a sus sirvientes que prepararan una mesa espléndida, provista de los manjares más exquisitos.

Cuando los hermanos llegaron ante él y se arrodillaron, José los recibió amistosamente. Los hermanos le presentaron a Benjamín. José le acarició los cabellos, apenas capaz de contener su emoción.

—¿Vuestro padre goza de buena salud? —se interesó José.

—Sí, señor —respondió Judá—. Está perfectamente sano.

José ordenó que se liberara a Simeón de la cárcel y que le dieran buenas ropas. Después de que los hermanos se apearan, los invitó a acompañarlo a la mesa. Aunque el recibimiento los tomó por sorpresa y no se les ocurría a qué podía deberse tal honor, no se atrevieron a preguntar nada. Todavía no lo habían reconocido. Una vez terminada la comida, José ordenó a su administrador:



—Deja que los hombres de Canaán llenen sus sacos de trigo. Y no te olvides

de poner una copa de plata en el saco del más joven.

—Sí, señor —fue la respuesta del administrador.

A la mañana siguiente, los hermanos de José emprendieron el largo viaje de regreso a casa. Pero unos jinetes egipcios los interceptaron. El jefe detuvo su caballo ante Rubén y le espetó:

—¿Cómo os atrevéis a robar a nuestro señor, después de todo el bien que os ha hecho?

—¿Robar? —exclamaron los hermanos muertos de miedo.

—Uno de vosotros ha robado la copa de plata de nuestro señor —explicó el jinete de mala manera—. ¡Abrid los sacos de trigo! Los hermanos obedecieron de inmediato, pues ninguno se sentía culpable de crimen alguno. Pero los egipcios encontraron la copa entre el grano de Benjamín, quien, confundido, intentaba en vano convencerlos de su inocencia.

—Servirás a nuestro señor como esclavo, ese será tu castigo —dijo el jefe al aterrado Benjamín—. ¡Ven con nosotros!

Los hermanos acompañaron a Benjamín hasta José. Y Judá se lanzó al suelo por delante del distinguido egipcio.

—Escúchanos, señor —rogó con desesperación—.

No sabemos cómo ha llegado tu copa a los sacos de trigo, pero estamos dispuestos a jurar la inocencia de Benjamín. Si regresáramos a casa sin nuestro hermano menor, nuestro anciano padre moriría de pena. Tómame a mí como esclavo, y déjalo libre... ¡Te lo ruego, señor!

Pero José era incapaz de seguir actuando.

—¡Soy vuestro hermano, aquel que vendisteis! —exclamó—. Dios el Señor me ha ayudado y yo no os guardo rencor.

Abrazó a sus hermanos y todos lloraron de alegría.

—Volved de prisa a casa de nuestro padre —continuó José—. Decidle que soy poderoso aquí, y que le pido a él y a vosotros que os vengáis a vivir aquí, al rico Egipto, con vuestras mujeres, niños, criados y criadas. Que Dios os acompañe.

El pueblo de Israel



Los hermanos regresaron a Canaán portando valiosos regalos. José los había provisto de túnicas nuevas y muchos alimentos. A Benjamín, el hermano menor, le regaló además trescientas monedas de plata, por el susto que se había llevado...

Cuando Jacob se enteró de que José seguía vivo y que se había convertido en un poderoso señor, lloró de la alegría.

—Si Dios me da fuerzas para soportar el viaje a Egipto, me gustaría llevarlo a cabo, para volver a abrazar a José —dijo, conmovido.

Dios el Señor se le apareció entre sueños y le dijo:

—No temas el viaje. Te acompañaré a ti, a tus hijos, a sus familias, a los criados y a las criadas a Egipto, y ningún mal caerá sobre vosotros. Tus doce hijos se convertirán en los patriarcas de las doce tribus de mi pueblo. Y más adelante guiaré a sus descendientes de regreso a las tierras de Canaán.

—Sí, Señor —dijo Jacob en el sueño.

En las semanas siguientes, Jacob y sus hijos cargaron todos sus bienes en carretas tiradas por animales. Rubén envió un mensajero a Egipto.

El mensajero anunció a José que su padre, Jacob, junto con sus hijos, sus

familias, los criados y las criadas, con todos sus rebaños de animales y sus bienes materiales se irían a vivir a Egipto, tal como él se lo había ofrecido. Esta noticia hizo muy feliz a José, quien de inmediato anunció al faraón la próxima llegada de su padre y sus hermanos.



—Eres mi mejor funcionario y mi mejor amigo —dijo el faraón—. Lo que hagas, bien hecho estará. Tu padre y tus hermanos han de ser también mi padre y mis hermanos. Les daré la mejor tierra egipcia, donde podrán cultivar el campo y criar los animales.

Sé que los hijos de Canaán sois muy trabajadores. Y esto también nos será de provecho a nosotros.

José hizo una profunda reverencia y agradeció al monarca con todo su corazón.

Luego partió hacia la frontera del país, con el fin de encontrarse con su padre lo antes posible.

Jacob abrazó a José durante un largo rato, sin que las abundantes lágrimas que corrían por sus mejillas los avergonzaran.

Por orden del faraón, los viajeros de Canaán se instalaron en Gosen, la región más fértil del reino egipcio...

En cierta ocasión, Dios el Señor le había dado a Jacob el nombre de «Israel», que significa «el que pelea con Dios». Este nombre lo heredaron los hijos de Jacob y su descendencia, que llegaría a ser conocida como «el pueblo de Israel» o, sencillamente, «los israelitas».

La huida de Egipto



El niño en la cesta

Con el paso del tiempo los israelitas fueron haciéndose fuertes en Egipto. Todas las familias tenían muchos hijos. El pueblo de Israel crecía de año en año y se expandió por todo Egipto.

Pero entonces llegó al poder un faraón que no sabía nada de José. Sus consejeros lo alertaron:

—Los israelitas se reproducen demasiado, es peligroso. Pronto serán más que nosotros y se sublevarán en contra nuestra. —Esclavizad entonces a la mayor parte de este pueblo y sometedla a los trabajos más duros —dijo el faraón—. Como esclavos no representan ningún peligro.

Y llegaron tiempos terribles para los israelitas. Los capataces egipcios los obligaban a trabajar en las tareas más duras del campo, las canteras o la construcción de calles y ciudades. Pero el pueblo de Israel continuaba creciendo a pesar de la esclavitud.

De modo que el enfurecido faraón dio la orden de que fueran arrojados al Nilo todos los hijos varones recién nacidos de los israelitas para que no pudieran convertirse en guerreros más tarde.

En aquella época vivía una pareja israelita que tenía una hija de once años y un hijo de tres. Y la mujer dio a luz a un segundo niño.

Durante tres meses pudo esconder a su hijo de los soldados del faraón dentro de casa, pero poco a poco se le hizo imposible. ¡El niño tenía una voz muy potente! Resultaría demasiado sencillo descubrirlo.



Así que la mujer hizo una cesta de juncos y la impermeabilizó con resina. Colocó a su hijo en la cesta, lo llevó hasta el Nilo y lo escondió entre los juncos de la orilla.

La hermana del niño se escondió en las cercanías para observar lo que pudiera ocurrir.

El padre y la madre rogaban en casa por su niño, expuesto a tantos peligros. Entonces llegó al Nilo la hija del faraón, que iba a darse un baño, y oyó un llanto que provenía de los juncos de la orilla del río. De inmediato envió a una de sus criadas para que averiguara qué causaba aquel lamento.

La chica encontró la cesta y se la llevó a la princesa. Cuando la hija del faraón se inclinó sobre el niño, este dejó de llorar en el acto.

—Es un niño israelita. Su madre seguramente lo ocultó de los guerreros del faraón —supuso la criada—. Nuestros soldados ya han encontrado varias cestas ocultas en los juncos del río.

La princesa sintió compasión por el niño. Lo tomó en brazos y le acarició la cabeza con dulzura.

En ese instante, la hermana del niño reunió todo su valor, salió de su

escondrijo, se acercó a la hija del faraón, se arrodilló ante ella y le preguntó:

—¿Debo buscar un ama israelita para que cuide al niño?

—Hazlo —fue la orden de la princesa.

La niña corrió a llamar a su madre.

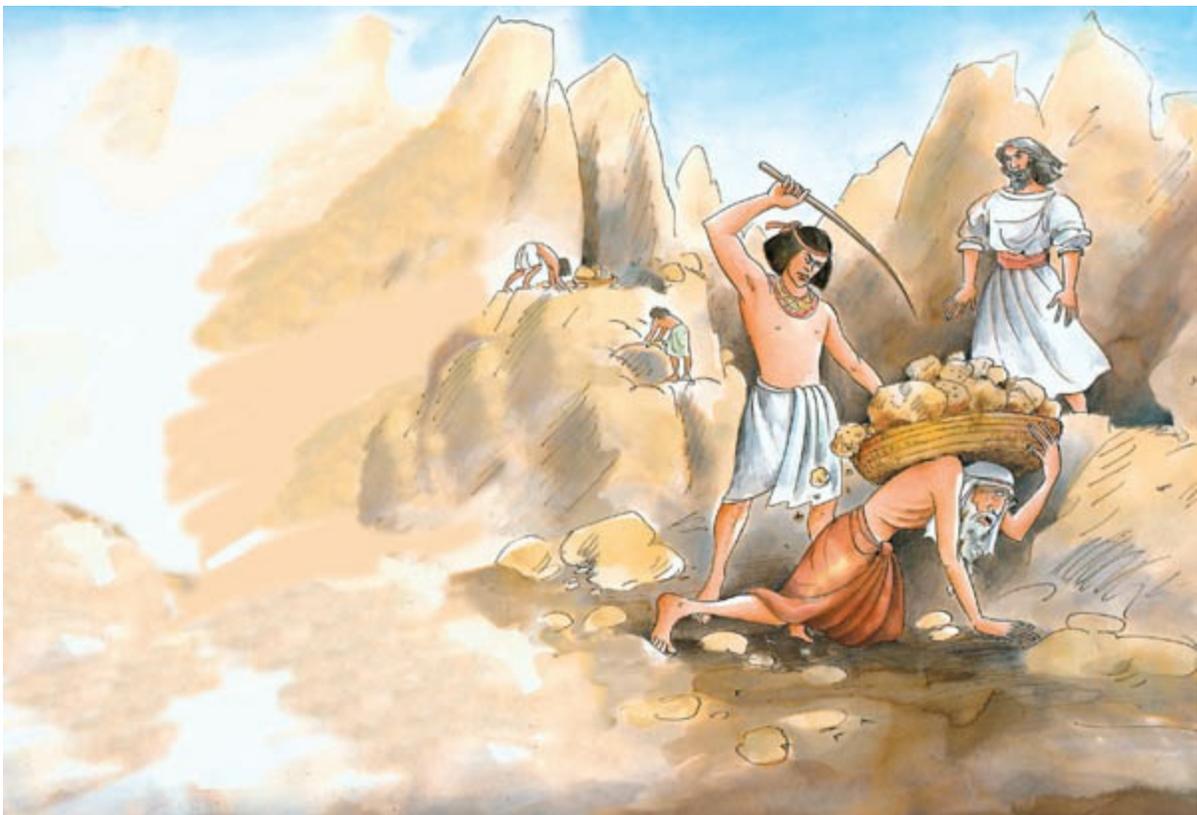
La princesa le dijo:

—Cuida a este niño. Te daré todo lo que te haga falta para él.

Por supuesto, la madre estaba encantada de tener que cuidar a su propio hijo...

Pasados algunos años, la princesa hizo conducir al chico a su palacio, lo tomó como su propio hijo y lo llamó Moisés, que significa «salvado de las aguas».

La zarza ardiente



Moisés era respetado por todos como hijo de rey, pues era el hijo adoptivo de la princesa. Incluso los altos dignatarios se inclinaban ante él.

Cuando Moisés creció, la princesa le contó que no era egipcio, sino israelita. Le narró cómo lo había encontrado.

Moisés le agradeció todo el amor y la bondad que había recibido de ella.

—Pero ahora —dijo él—, quiero ayudar a mi pueblo, quiero acompañarlo en su sufrimiento.

Abandonó el palacio y se dirigió a los israelitas. Y pronto encontró a su hermano Aarón. Los dos se propusieron ayudar a los oprimidos lo mejor que pudieran.

Poco después, otro faraón accedió al trono egipcio. El nuevo monarca no quería a la princesa. Tampoco conocía a Moisés. Y además odiaba a los israelitas incluso más que al faraón que lo había precedido. Así que ordenó que se les repartiera menos comida y bebida, y que se les diera el doble de latigazos para forzarlos a trabajar.

Un día, Moisés fue a una cantera. Allí vio cómo un capataz egipcio pegaba a un esclavo israelita. Se trataba de un hombre viejo y débil, que se había caído debido al enorme peso de las piedras que transportaba. Cuando el capataz levantó el látigo por tercera vez, Moisés se abalanzó sobre él y lo golpeó contra la pared de piedra. El capataz murió en el acto.

Cuando el suceso llegó a oídos del faraón, condenó a Moisés a muerte.

Sus amigos le advirtieron del gran peligro que corría. Y Moisés decidió huir, afrontando grandes riesgos, hacia el país de Madián.

Allí se casó con la hija de un sacerdote y cuidó durante mucho tiempo el rebaño de su suegro.



Un día, las ovejas pastaban en la falda del monte Horeb.
De repente, Moisés vio una zarza que ardía pero no se quemaba.
Asombrado, se acercó y oyó una voz que venía de las llamas:
—Soy Dios el Señor. ¡No te acerques más, Moisés! Quítate los zapatos. Te encuentras en un lugar sagrado.
Moisés se quitó los zapatos y cubrió su rostro, pues no se atrevía a mirar directamente a Dios el Señor.
Dios volvió a hablar:
—He visto el sufrimiento de mi pueblo y quiero liberarlo del dominio egipcio. Tú, Moisés, lo conducirás de vuelta a Canaán, el país que era la patria de Jacob y sus hijos.
—¿Yo, Señor? —preguntó asustado Moisés—. ¿Cómo creerán los israelitas que me habéis ordenado que los guíe fuera de Egipto?
—Arroja tu cayado al suelo Arroja tu cayado al suelo —dijo Dios el Señor. Así lo hizo Moisés, y el cayado se transformó en una serpiente.
—Muestra esto al pueblo para que te crea —habló Dios—. Luego, dirígete al faraón y exígele en mi nombre que deje partir a todos los israelitas.

—¿Al... faraón? —balbució Moisés—. Pero... no soy muy hábil hablando. El faraón se... reirá de mí... y me despedirá.

—Tu hermano Aarón sabe hablar muy bien —dijo Dios el Señor—.

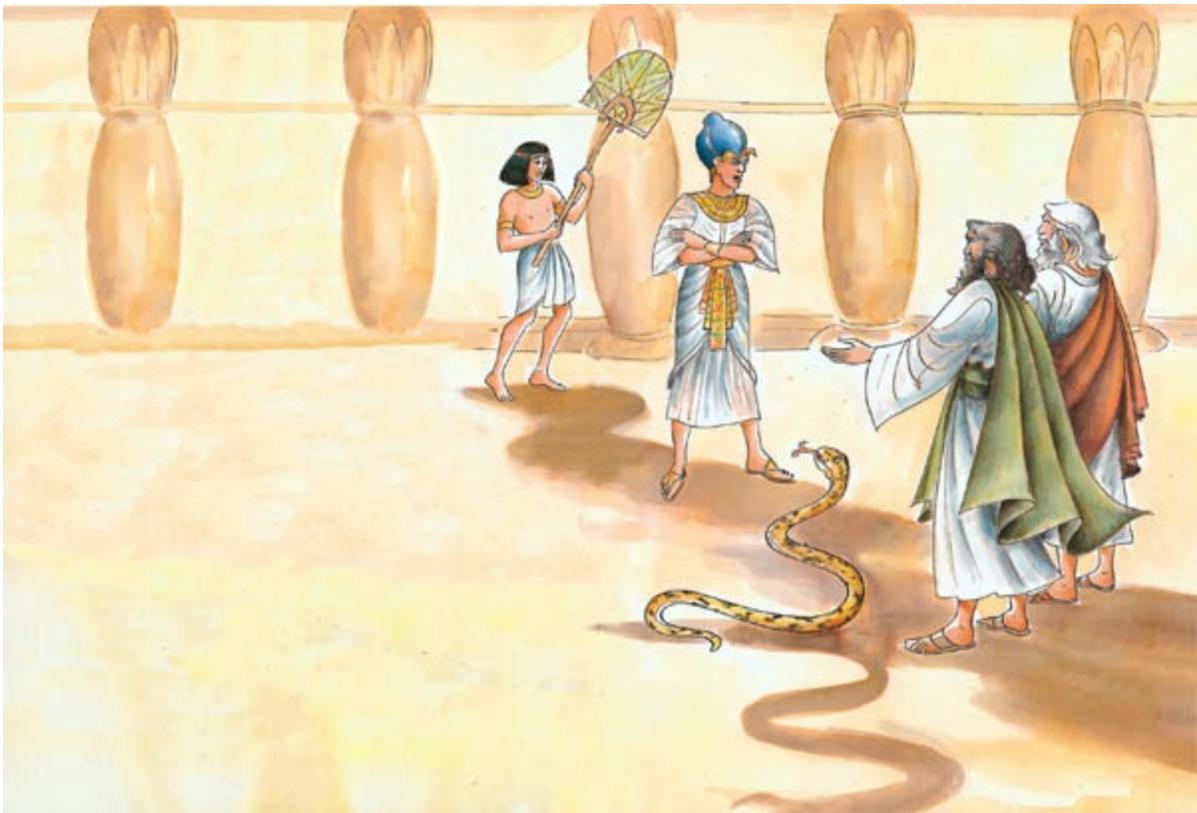
Él te acompañará y hablará por ti. Y tú, Moisés, toma tu cayado y transfórmalo en serpiente ante los ojos del faraón.

El fuego se extinguió y la zarza permaneció intacta...

Moisés regresó a casa de su suegro, se despidió de él y se dirigió a Egipto con su mujer y sus hijos.

A medio camino se encontró con Aarón, que había ido en su busca.

Las plagas



Moisés y Aarón se dirigieron a las tribus de Israel y les comunicaron que Dios los iba a liberar del yugo egipcio.

Debían regresar a la tierra de Canaán, la antigua patria del patriarca Jacob,

bajo la guía de Moisés.

Para demostrarles que decía la verdad, Moisés transformaba su cayado en una serpiente y luego de devolvía su forma original. De ese modo, el pueblo le creyó.

Moisés y Aarón fueron entonces a ver al faraón.

Aarón habló:

—Oye, rey, la palabra de Dios nuestro Señor: Concede la libertad al pueblo de Israel y deja que se marche con todos sus bienes.

—Lo que dices es una estupidez —se mofó el faraón—. ¿Quién es ese tal Señor, que se tiene por más poderoso que yo?

—Contempla uno de sus milagros —dijo Moisés, y arrojó su cayado contra el suelo. El cayado se transformó de inmediato en una serpiente.

—¿Y esto me ha de atemorizar? —rió desdeñosamente el faraón—. Mis magos también son capaces de realizar estos trucos.

Entonces golpeó el suelo con el pie y gritó:

—¡Esfumaos, insensatos!

Y acto seguido ordenó a sus capataces que oprimieran todavía más a los israelitas...

Esto desesperó a Moisés, pero Dios se le apareció en sueños y habló con él:

—Vuelve al palacio real con tu hermano. Aarón deberá repetirle al faraón las palabras que te diré ahora.

—Sí, Señor —murmuró Moisés.

A la mañana siguiente, los dos hermanos regresaron al palacio y Aarón le dijo al faraón:

—Escucha las palabras de nuestro Señor. Como tu corazón es más duro que una piedra, Él enviará plagas terribles sobre tu pueblo hasta que permitas que el pueblo de Israel, junto con sus criados y criadas, los animales y los carros, abandonen Egipto.



Estas palabras encolerizaron al faraón, que ordenó a sus guerreros que expulsaran a estos dos insolentes.

Dios envió ese mismo día la primera plaga sobre el país del faraón.

El agua del Nilo, con todos sus arroyos, lagos, estanques y charcas, se convirtió en sangre.

Sólo en Gosen, donde vivían la mayoría de los israelitas, permanecieron las aguas intactas.

Pero el faraón no se rindió, ordenó que se cavaran pozos y que, en lugar de comida, se les diera más latigazos a los israelitas. Dios envió entonces la plaga de las ranas. Surgieron de todas las aguas y cubrieron el país entero excepto la región de Gosen. Pero no fue suficiente. Posteriormente, millones de moscas cayeron sobre los hombres y las bestias. Peligrosos mosquitos venenosos siguieron a las moscas.

El faraón mandó llamar a Moisés y Aarón.

—Si vuestro Dios no deja en paz a mi pueblo, os podéis ir donde os apetezca —dijo de mal grado.

Moisés y Aarón rezaron al Señor y los espíritus que originaban las plagas

desaparecieron.

Pero el faraón olvidó pronto su promesa y mantuvo al pueblo de Israel bajo el yugo de la esclavitud egipcia.

Entonces Dios el Señor envió epidemias que causaron la muerte de la mitad de los animales y úlceras que enfermaron a las gentes y a los animales que habían conseguido sobrevivir. Sólo Gosen se volvió a librar de todos los males.

Granizo y rayos destruyeron las cosechas. Lo poco que sobrevivió fue devorado por una plaga de langostas.

Y, finalmente, una penumbra impenetrable se extendió por todo Egipto durante tres días.

La situación era tan desesperada que el faraón no tuvo más remedio que jurar a Moisés que ahora sí liberaría de verdad a los israelitas.

Moisés le rezó al Señor, sus rezos fueron oídos... y el faraón volvió a romper su juramento. El pueblo de Israel seguía siendo esclavo.

De modo que Dios habló con Moisés:

—Voy a enviar la plaga más terrible sobre Egipto. El día catorce de cada mes, mataré al hijo mayor de cada familia, desde el primogénito del faraón hasta el primer hijo de la familia más pobre, así como la primera cría de cada animal. Pero nada le ocurrirá al pueblo de Israel. El día catorce del mes, cada padre de familia israelita deberá matar un cordero y marcar la puerta de su casa con su sangre. El ángel de la muerte evitará todas las casas que estén marcadas de ese modo. Pero vosotros deberéis prepararos para un largo viaje. Comed del cordero y del pan cocido sin levadura. Tomad después vuestros bastones y esperad mi señal para iniciar la marcha.

Moisés y Aarón informaron al pueblo de Israel de lo que debían hacer.

En la medianoche del día catorce, el ángel de la muerte recorrió Egipto, llevándose consigo a todos los primogénitos del país. Sólo evitó las casas cuyas puertas estaban marcadas con sangre de cordero.

Se produjo un colosal lamento en todo el país y el faraón gritó a Moisés:

—¡Vete de una vez con todo tu pueblo y no volváis nunca más!

Los israelitas emprendieron la marcha llevándose todo cuanto poseían. Las gentes y los animales se apresuraron a alcanzar la frontera.

Dios el Señor les mostraba el camino. Durante el día se mostraba como una

nube que iba delante de ellos, durante la noche como una columna de fuego.

La marcha a través del mar



Poco tiempo después de que el pueblo de Israel hubiera abandonado Egipto, el faraón se encontró abrumado por una multitud de quejas. Los capataces de las canteras protestaban porque les faltaban los esclavos israelitas para trabajar.

Los constructores de ciudades y caminos rezongaban debido a la pereza de los trabajadores que les quedaban.

—¡Traednos de nuevo a los israelitas, faraón! —exclamaban.

Pero las mayores quejas provenían de los nobles egipcios, que habían sido servidos por los esclavos y las esclavas israelitas. Incluso dentro del palacio real, las cosas no marchaban tan bien como de costumbre. El cocinero jefe, el barbero del faraón, el cantante real de la corte y muchos otros criados

pertenecían al pueblo de Israel. Y los nuevos resultaron ser mucho más torpes que aquellos que habían partido con Moisés.

El faraón se arrepintió de haberlos dejado marchar. Llamó a su ejército y salió a perseguir a los israelitas con carros de combate y jinetes con el fin de obligarlos a regresar...

Era de noche. Los israelitas habían construido su campamento a orillas del mar Rojo. El ejército egipcio se apresuraba hacia ellos a toda velocidad. Los perseguidos fueron presa del pánico.

En eso, Dios el Señor le habló a Moisés:

—Extiende tu mano hacia el mar.



Moisés así lo hizo. Súbitamente, una tormenta se aproximó desde el este, y una densa oscuridad envolvió al ejército egipcio y a los israelitas. La tormenta y la oscuridad cegaron y confundieron a los egipcios.

Un fuerte viento abrió un ancho pasadizo en el mar. El agua se amontonaba formando altas paredes a ambos lados.

Los israelitas, con sus rebaños y sus pertenencias, pudieron cruzar el brazo

norte del mar Rojo sin ni siquiera mojarse los pies. A la mañana siguiente alcanzaron la orilla opuesta.

La tormenta cesó tan abruptamente como había empezado, y la oscuridad que envolvía a los egipcios desapareció. —¡Seguidme! —dijo el faraón, y se dirigió al pasadizo que se abría entre los muros de agua. Su ejército fue tras él.

Dios el Señor le dijo a Moisés:

—Vuelve a extender tu mano hacia el mar.

Moisés obedeció.

Y los muros de agua se volvieron a unir, sumergiendo y ahogando al faraón junto a todos sus guerreros.

El pueblo de Israel agradeció al Señor aquella milagrosa salvación y lo alabó con bailes y cantos festivos...

Sin embargo, Dios no guió a su pueblo por el camino más corto y directo hasta Canaán, sino que le hizo dar largos recorridos a través del desierto.

Lo que ocurría era que el camino directo pasaba por el país de los filisteos, un pueblo de guerreros de elevada estatura. Los israelitas, debilitados tras la larga esclavitud a la que habían estado sometidos, y acompañados por sus mujeres, niños y rebaños, no habrían podido enfrentarse a los filisteos y habrían vuelto a caer esclavos.

Dios le dijo esto a Moisés y este lo transmitió a su pueblo. Aarón respondió en nombre de todos:

—El Señor es sabio. Ve lo que nosotros no podemos ver.

Sus consejos son buenos, hágase su voluntad.

Milagros en el desierto



El pueblo de Israel se adentró en el desierto desde el mar Rojo. El sol caliente los quemaba desde el cielo. No había agua en ninguna parte. Los hombres y los animales eran presa de la sed. En la tarde del tercer día de marcha encontraron una fuente, pero el agua tenía un sabor amargo. Ni siquiera el ganado pudo beber. En ese momento, la gente empezó a protestar contra Moisés.

—¿Nos has sacado de Egipto para que perezcamos entre la arena y las piedras? —preguntaban.

Moisés le rezó a Dios. El Señor le mostró un árbol y le ordenó:

—Corta la leña y arrójala al agua.

Así lo hizo Moisés y el agua se hizo potable. Los hombres y los animales pudieron aplacar su sed.

Las mujeres almacenaron agua en tripas de cuero.

Después de un mes y medio de marcha, los israelitas llegaron al desierto de Sin. Sus provisiones se habían terminado y empezó a extenderse el hambre.

De nuevo, algunas personas se opusieron a Moisés.

Y, de nuevo, Moisés pidió ayuda a Dios.

Dios le dijo:

—Hoy por la tarde tendréis todos suficiente comida para saciaros, y mañana haré que llueva pan del cielo.

Y así ocurrió.

Aquella tarde, incontables bandadas de codornices llegaron volando al campamento y cubrieron todo el suelo. Los israelitas volvían a tener qué comer. Las hogueras brillaron toda la noche bajo las cazuelas repletas de carne.

A la mañana siguiente, el desierto de arena apareció cubierto de grandes hojuelas blancas.

—¿Qué es esto? —preguntaron los israelitas.

—Es el pan que Dios nos envía para comer —contestó Moisés. Los israelitas se animaron a probarlas. Tenían el sabor de la tarta de miel. Moisés las llamó «maná».



Los israelitas almacenaron todo lo que necesitaban.

La bendición del maná continuó con ellos. Cada mañana caía del cielo,

excepto durante el séptimo día de la semana, porque Dios lo había declarado día de descanso.

Pero las mujeres y los niños recogían tanto maná el día anterior que también tenían suficiente para comer durante el séptimo día... Y así continuó la larga marcha por el desierto, donde los cerros y acantilados les reflejaban el calor del sol sin ninguna piedad.

Pronto se acabaron las reservas de agua.

Pero, de nuevo, Dios el Señor acudió a ayudar a su pueblo.

Ordenó a Moisés que golpeará la próxima roca que encontrara con su bastón. Así lo hizo Moisés, y una fuente de agua manó de la piedra.

Todos pudieron saciar la sed.

Dios el Señor se regocijó por el agradecimiento que su pueblo le demostraba. Poco después, Dios le obsequió con la victoria en una lucha contra poderosos enemigos. Los amalequitas, un pueblo cruel, se cruzaban en el camino de los israelitas. El rey Amalec planteó a Moisés un dilema: o los israelitas aceptaban servir a los amalequitas como esclavos o peleaban por su libertad. Los israelitas decidieron que lucharían.

Moisés le dijo a un joven llamado Josué:

—Elige a los hombres más valientes y condúcelos contra los amalequitas.

Mientras vosotros luchéis en el llano, yo desde aquella colina os enviaré mis bendiciones con mis manos.

A la mañana siguiente, Josué guió a sus guerreros a la contienda. Moisés se hallaba sobre la colina con su hermano Aarón y otro amigo suyo llamado Hur, y bendecía desde allí a los israelitas. Mientras Moisés fue capaz de mantener los brazos extendidos, la tropa de Josué vencía en la batalla. Pero al poco tiempo se sintió cansado, los brazos empezaron a caérsele, y los amalequitas comenzaron a ganar terreno.

La batalla no estaba decidida y Moisés se sentía exhausto.

Los amalequitas ya festejaban el triunfo que creían seguro.

Pero Moisés se sentó sobre una piedra, y Aarón y Hur sostuvieron sus brazos para que no se le cayeran.

Cuando se puso el sol, Josué y sus guerreros habían aniquilado a los amalequitas.

Moisés construyó un altar como ofrenda de agradecimiento a Dios.

Los Diez Mandamientos



Tres meses después de haber salido de Egipto, los israelitas acamparon en una explanada ubicada frente al monte Sinaí.

Tres días después de haber llegado a este lugar, una nube cubrió la cima de la montaña. Hubo truenos y relámpagos, y el sonido de una trompeta retumbaba sobre toda la tierra. Temblando de miedo, el pueblo de Israel escuchó los Diez Mandamientos que Dios el Señor le imponía:

—¡Yo soy el Señor, tu Dios! No tendrás otro dios que no sea yo.

¡No tomarás del nombre del Señor, tu Dios, en vano!

¡Santificarás el sábado!

¡Honrarás a tu padre y a tu madre!

¡No matarás!

¡No cometerás adulterio!

¡No robarás!

¡No levantarás falso testimonio contra tu prójimo!

¡No codiciarás la casa de tu prójimo!

¡No codiciarás la mujer de tu prójimo, su criado, su criada, su ganado ni nada que le pertenezca!

—Amén —dijo Moisés—. Esto significa: «Que así sea».

—Amén —exclamó el pueblo.

—Sube hasta mí —ordenó Dios el Señor a Moisés—. Te daré dos tablas de piedra en las que he grabado mis mandamientos.

Moisés subió la montaña y las nubes lo cubrían de las miradas del pueblo.

Permaneció cuarenta días y cuarenta noches en la cima del monte Sinaí, sin beber agua ni comer pan.

El becerro de oro



Como Moisés tardaba tanto en llegar, varios enviados del pueblo comparecieron ante Aarón y le dijeron:

—¡Quién sabe qué le habrá sucedido a tu hermano allá arriba! Haznos un dios que podamos ver con los ojos.

¡Queremos un dios que vaya por delante de nosotros y no uno que se esconda entre las nubes!

Su actitud era tan vehemente que Aarón temió por su vida.

De modo que les respondió:

—Traedme todas las joyas de oro de vuestras mujeres, hijos e hijas.

Y así lo hicieron.

Aarón fundió entonces el oro en una fragua y construyó un becerro.

—Sí —festejó el pueblo—, este ha de ser nuestro dios.

Aarón construyó un altar y los israelitas colocaron sacrificios delante del ídolo. Luego celebraron una gran fiesta, y comieron, bebieron y bailaron en torno al becerro de oro.

Cuando Moisés bajó de la montaña y observó lo que ocurría, fue presa de la ira y estrelló contra el suelo las dos tablas de piedra en las que Dios había grabado los mandamientos. Quedaron destrozadas por completo. Después ahuyentó a la gente que se encontraba en torno al becerro de oro y lo golpeó y trituró hasta reducirlo a polvo.

Los hombres, las mujeres y los niños, asustados, se escondieron en sus tiendas.

A la mañana siguiente, Moisés se dirigió a ellos:

—¡Sólo han transcurrido cuarenta días con sus cuarenta noches y vosotros ya habéis pecado contra los mandamientos de Dios!

El pueblo imploró su compasión y él les respondió:

—Bien, subiré de nuevo hasta el Señor y le pediré que os perdone por este pecado.

Subió hasta la cima del monte Sinaí y le dijo a Dios:

—Mi pueblo ha cometido un grave pecado y te ha ofendido gravemente.

Perdónalo, Señor. Y si no lo perdonas, castígame a mí también, pues yo soy uno de ellos.

Dios le respondió:

—Continúa guiando al pueblo de Israel. Mi ángel te enseñará el camino. Ya castigaré a los pecadores cuando llegue el momento.

Y le entregó a Moisés dos nuevas tablas de piedra, en las que había vuelto a

grabar los Diez Mandamientos.

Cuando Moisés descendió de la montaña, su rostro emanaba un brillo celestial, y todos los israelitas se arrodillaron ante él.

Los exploradores



El pueblo de Dios caminó por la planicie del Sinaí hasta la frontera del país que Dios había designado como su patria. Moisés mandó llamar a un hombre de cada una de las doce tribus y les ordenó:

—Id sobre las montañas y explorad bien el país. Contadme qué gentes viven allí, cómo son sus ciudades y pueblos, y traedme los mejores frutos que el país tenga para ofrecer.

La época resultaba propicia para la misión, pues en Canaán (así se llamaba aquel país) se estaban recolectando las uvas. Los exploradores se admiraron ante los estupendos frutos. Cortaron un racimo de vid tan grande, que se

necesitaron dos hombres y una vara muy resistente para transportarlo.

Además, recogieron higos y granadas.

Después de cuarenta días, los hombres regresaron al campamento israelita y contaron lo que habían visto:

—La cosecha en Canaán es muy rica. Sin embargo, el pueblo cananeo es fuerte, de alta estatura y muy guerrero. Sus ciudades están rodeadas de muros altos y sólidos.

Al oír esto, la mayoría de los israelitas se volvió a poner en contra de Moisés y Aarón.

—¡Habría sido mejor haber muerto en Egipto o en el desierto! —gritaban los más desalentados—. ¿Por qué nos envía Dios a Canaán, donde estos gigantes nos destrozarán?

—¡Elijamos un capitán que nos guíe de regreso a Egipto! —gritó alguien.

—¡Sí! —gritaron miles de gargantas.

Josué y Caleb, dos de los exploradores, se opusieron:

—Si Dios el Señor permanece a nuestro lado, podremos colonizar el país que nos ha prometido. ¡No tengáis miedo!

Pero tuvieron que esconderse, pues el pueblo los quería matar a pedradas.

Moisés rezó a Dios. Y luego le comunicó al pueblo lo que este le había dicho:

—¡Así habla el Señor! Sólo vuestros hijos y los exploradores Josué y Caleb

entrarán en la tierra prometida. Los demás han de morir en el desierto, tal

como es su deseo. ¡Mañana mismo regresaréis a las orillas del mar Rojo!

Deberéis vivir allí del pastoreo durante cuarenta años, ¡tiempo suficiente para que ya hayan muerto todos aquellos que murmuraron contra mí!

En el campamento se extendió un profundo desánimo.

Los más porfiados protestaron:

—¿Y quién nos asegura que los exploradores y Moisés nos dicen la verdad?

El que tenga coraje, ¡que nos acompañe mañana a Canaán!

A la mañana siguiente, dos mil hombres armados se dirigieron hacia las montañas.

Encontraron a los cananeos que vivían allí y fueron derrotados sin piedad.

Pero eso no les pareció suficiente a los vencedores, que acometieron contra el campamento de los atacantes y expulsaron a todo el pueblo de Israel al desierto.

La muerte de Moisés



Durante cuarenta años, el pueblo de Israel había llevado una vida inquieta en el desierto. Sobrevivía gracias al pastoreo, tal como Dios había decidido. Pocos de los hombres y las mujeres que habían adorado al becerro de oro y que habían murmurado contra Dios seguían con vida. Sus hijos eran ya hombres y mujeres adultos, que a su vez tenían hijos.

De los jefes del pueblo sólo seguían con vida Moisés, Aarón, y los exploradores Josué y Caleb.

Cuando se cumplieron los cuarenta años, los israelitas se dirigieron por segunda vez hacia Canaán. En aquellos días murieron los últimos hombres y mujeres que habían adorado al becerro de oro.

Aarón murió junto con ellos. El pueblo guardó luto durante treinta días por su muerte.

Moisés también sentía que su fin se acercaba. Contaba ciento veinte años de edad y estaba muy cansado.

Cumpliendo órdenes de Dios, Moisés llamó al pueblo y le comunicó:
—Josué os guiará a Canaán. Confiad en él y no temáis. El Señor está con vosotros.

Esa fue su despedida.

Dios condujo a Moisés hasta el monte Nebo, desde donde se podían divisar, a lo lejos, las fértiles tierras de Canaán.

Allí, Moisés murió en paz.

El pueblo de Israel lloró tristemente su muerte y honró su memoria.

La conquista de Canaán



Las trompetas de Jericó

Dios el Señor habló a Josué:

—Cruzarás el Jordán junto con el pueblo de Israel y acamparéis frente a la ciudad de Jericó. Los sacerdotes irán delante y cargarán el Arca de la Alianza.

—Sí, Señor —respondió Josué.

El Arca de la Alianza contenía las tablas de la ley que el Señor había entregado a Moisés. Se cargaba mediante dos varas.

Cuando los sacerdotes llegaron a la orilla del Jordán con el Arca de la Alianza, el agua del río se detuvo como si un dique invisible la contuviera. El río se transformó en un mar muerto.

Los israelitas cruzaron el Jordán sin mojarse los pies. Cuando el último de ellos hubo alcanzado la orilla opuesta, el agua volvió a fluir como lo había hecho antes.

La ciudad de Jericó ostentaba la fama de ser inconquistable.

Estaba rodeada de muros elevados y gruesos. Las puertas, bien cerradas, eran capaces de soportar los más poderosos arietes.

Los soldados, desde las almenas del muro de la ciudad, se mofaban de los israelitas y de su carencia de armas. Un jefe gritó:

—¡Tenemos tantas provisiones que aguantaremos hasta que seáis unos viejos enclenques!

—¡Unos viejos enclenques! —celebraban la ocurrencia sus guerreros mientras se morían de risa.

—Dios el Señor estará con nosotros —dijo Josué a los israelitas que empezaban a perder la paciencia. Y su confianza fue premiada.

Dios le dijo:

—Quiero darte esta ciudad. El pueblo de Israel verá que las murallas pueden proteger contra los hombres, pero que son inútiles ante mí.

—¿Qué debo hacer, Señor? —preguntó Josué—. Dame tus órdenes y las acataré.

Dios dijo:

—Tú y el ejército daréis una vuelta a la ciudad cada día durante seis días seguidos. Cuatro sacerdotes deberán ir por delante, cargando con el Arca de la Alianza. Al séptimo día, daréis siete vueltas a Jericó, y siete sacerdotes, provistos de siete trompetas, deberán ir por delante, cargando con el Arca de la Alianza. Tras la séptima vuelta, los sacerdotes deberán tocar sus trompetas, y el pueblo de Israel deberá gritar lo más fuerte que pueda.

—Hágase tu voluntad, Señor —dijo Josué, y cumplió las órdenes. Durante seis días, los israelitas marcharon alrededor de la ciudad amurallada y soportaron las burlas de sus defensores.

Y llegó el séptimo día.

Cuando los sacerdotes tocaron sus trompetas tras la séptima vuelta, y el pueblo de Israel entonó su grito inmenso, las murallas de Jericó se derrumbaron.

Así, los israelitas conquistaron la primera ciudad de Canaán.

Luchas y victorias



Los israelitas lucharon por la fértil tierra de Canaán durante siete años bajo el mando de Josué. Dios el Señor estaba con ellos.

Derrotaron a treinta y un príncipes y reyes. Finalmente, Canaán se había convertido en su patria.

Josué mandó construir una tienda santa para el Arca de la Alianza en la ciudad de Silo. Y desde allí convocó a las tribus de Israel.

A la vista de todos, Josué lanzó al aire doce papeletas, una para cada tribu. En ellas estaban escritas las tierras que serían adjudicadas a cada una de las tribus. De ese modo no se produjeron peleas en el reparto de las tierras conquistadas.

El pueblo de Israel convivió durante mucho tiempo en paz con los cananeos vencidos.

Josué murió a la edad de ciento diez años.

Después de su muerte, los reyes vecinos empezaron a atacar cada vez con mayor frecuencia a los israelitas. Pero, cuando la situación era más desesperada, el Señor siempre llamaba a sus hombres más valientes para que guiaran al pueblo.

Como el joven Gedeón, que con apenas trescientos hombres hizo huir en desbandada al ejército de los madianitas.

O el intrépido Sansón, que armado únicamente con una mandíbula de asno venció a una tropa de los enormes filisteos.

Pero los ataques de los enemigos seguían siendo cada vez más violentos, y el pueblo de Israel clamó por un rey lo suficientemente poderoso como para proteger la nueva patria.

Los reyes



Saúl

En la ciudad de Rama vivía el viejo profeta Samuel. Había perdido la vista casi por completo. Dios el Señor se le apareció y le dijo:

—Sal de la ciudad. Te guiaré hasta el elegido por mí para que reine sobre Israel.

Samuel obedeció al Señor.

Frente a las puertas de la ciudad se encontró con un hombre joven y oyó la voz de Dios:

—Este es el hombre que ha de ser rey.

El hombre, que era alto y fuerte, saludó al anciano profeta con mucho respeto.

—¿Quién eres? —preguntó Samuel.

—Me llamo Saúl —respondió el hombre—. Dos asnos de mi padre se han escapado y los estoy buscando. ¿Por casualidad no los habrá visto?

—No los busques más —dijo Samuel—. Ya los encontraron.

Ven conmigo y oye lo que el Señor ha designado para ti.

Saúl siguió a Samuel hasta su casa.

Una vez allí, el profeta le pidió que se arrojara.

El joven así lo hizo.

Samuel derramó aceite sobre la cabeza de Saúl y dijo:

—Seas ungido en nombre de Dios el Señor. Álzate, rey de Israel. Después mandó llamar a los embajadores de las doce tribus y les presentó a Saúl, su nuevo rey. Ellos se inclinaron ante él y le prometieron que obedecerían las órdenes del ungido...

Saúl no sólo era valiente, sino también muy listo. Constituyó un ejército y lo entrenó tanto para la defensa como para el ataque. Con este ejército, Saúl derrotó a los peores enemigos de Israel, los amonitas y los amalequitas.

La paz reinaba en Canaán y el pueblo aclamaba a su rey.

Pero Saúl se volvió orgulloso. Olvidó que sus triunfos se los debía a Dios y dejó de cumplir sus mandamientos.

Dios lo castigó enviándole pensamientos que lo angustiaban.

Una inmensa melancolía dominaba sus días y sus noches, y nadie era capaz de ayudarlo.

En eso, un amigo del rey le aconsejó:

—Busca a alguien que sepa tocar el arpa. La música del arpa alivia la tristeza.

David, el hijo menor de Isaí, que vive en Belén, es un joven que toca el arpa primorosamente. Su música me ha alegrado el corazón muchas veces.

Los mensajeros del rey fueron a buscar a David al campo en el que cuidaba los rebaños de su padre.

David tocó el arpa para Saúl y su tristeza se esfumó.

Saúl se encariñó con el joven. Apenas le sobrevenían pensamientos desagradables, lo mandaba llamar, pues el arpa de David siempre conseguía ahuyentarlos.

David



En aquella época, los filisteos crearon un poderoso ejército para luchar contra Israel. Saúl y sus guerreros se dispusieron a enfrentarse a ellos. Los dos ejércitos habían acampado uno frente al otro.

La tristeza volvió a adueñarse del espíritu del rey, que no sabía qué podía hacer para curarse.

Un amigo suyo salió en busca de David, que cuidaba de los rebaños de su padre. Cuando se acercaban al campamento israelita, les salió al paso el gigante Goliat, procedente del campamento filisteo. Vestía un pesado yelmo de hierro, una armadura que chirriaba, una espada ancha, un poderoso escudo y una larga lanza con la punta bien afilada.

—¡Oíd, enanos de Israel! —clamó con su voz de trueno—. ¡Elegid un guerrero y enviádmelo! Si me derrota, los filisteos seremos vuestros sirvientes. ¡Si yo lo venzo, entonces vosotros seréis nuestros esclavos!

Saúl estaba sentado frente a su tienda y contemplaba la escena.

—¿Qué pasa con vosotros, cobardes? —se mofaba el gigante.

—Hace días que se burla así de nosotros —dijo el jinete que había ido a buscar a David—. Pero ¿quién podría derrotarlo?

Pero David ya no podía escucharlo. Había salido corriendo hacia Saúl. Cuando estuvo frente a él le dijo:

—Rey, no pierdas el ánimo. Pelearé contra Goliat y con la ayuda de Dios venceré al coloso.

—¿Tú? —murmuro Saúl fatigado.

—Yo, con la ayuda de Dios —fue la respuesta de David.

Más allá, el gigante continuaba con sus mofas y ningún guerrero israelita se atrevía a hacerle frente.

—Ponedle a David una armadura —dijo Saúl a regañadientes. Pero David no quería ninguna armadura. Sólo tomo su bastón, su honda y cinco cantos rodados que llevaba en la bolsa. Y así salió a enfrentarse a Goliat.

—¿Soy acaso un perro, para que te enfrentes a mí con un bastón?

—gritó el coloso.

—Vengo en nombre de Dios. ¡No paras de burlarte de su pueblo!

—dijo David mientras colocaba una piedra en la honda.

El gigante prendió su poderosa lanza.

A toda velocidad, David lanzó la piedra contra la frente de Goliat, quien,

como alcanzado por un rayo, se desplomó. David corrió hacia él, sacó su espada y le cortó la cabeza.

Cuando los filisteos vieron a su hombre más fuerte muerto, se dieron a la fuga. Los israelitas los persiguieron y los aniquilaron. Saúl quería agradecerle a David lo que había hecho, pero no lo encontró en ningún lado. El joven había regresado a cuidar los rebaños de su padre, como si no hubiera ocurrido nada...

David, a sus treinta años, fue elegido rey de los israelitas tras la muerte de Saúl. Convirtió Jerusalén en la capital del reino, gobernó en paz, escribió canciones y las cantó en honor a Dios.

Salomón



David gobernó durante cuarenta años al pueblo de Israel. Cuando sintió que se acercaba su fin, mandó llamar a su hijo Salomón y lo exhortó a que fuera

un monarca bondadoso y a que obedeciera los mandamientos de Dios. Salomón juró que así lo haría.

Y Dios el Señor lo ayudó. Salomón se convirtió en el rey más poderoso, sabio y rico de los israelitas.

Para expresar su gratitud hacia Dios el Señor, Salomón mandó erigir un magnífico templo en Jerusalén. Su construcción duró siete años. Cuando estuvo terminado, su tamaño y hermosura eclipsaron a todos los demás templos que habían sido erigidos para adorar a otros dioses paganos.

El Arca de la Alianza se llevó al nuevo templo en medio de una alegre procesión. El sumo sacerdote, junto con los demás sacerdotes del Señor, bendijo al pueblo, que había venido de todos los rincones de Israel...

La fama de Salomón pronto se extendió por todos los países.

Comerciantes, sabios y artistas de ciudades lejanas se desplazaron a Jerusalén para servir al rey en su corte. Sus caravanas cruzaron estepas y desiertos, su barcos zarparon de las costas más lejanas.

También la reina de Saba oyó hablar de su sabiduría y esplendor, y preparó una caravana para visitarlo. Cien camellos y numerosos esclavos transportaron valiosos regalos: oro, plata, piedras preciosas, marfil, seda, perfumes, incienso, aceites y hierbas curativas.

Salomón recibió a la reina con todos los honores. La hospedó fastuosamente junto a su comitiva, le enseñó la ciudad de Jerusalén y el resto del país, y respondió todas las preguntas que ella le hizo.

La sabiduría de Salomón y el esplendor que lo rodeaba impresionaron a la reina.

Cuando se despidieron, después de una larga temporada, una estrecha amistad los unía.

Salomón, al igual que su padre David, reinó durante cuarenta años.

Tras su muerte, el reino se dividió en dos partes: el país de Judea en el sur, cuya capital siguió siendo Jerusalén, y el país de Israel en el norte, cuyos reyes ejercían el poder desde Siquem.

Pronto, Judea e Israel se enfrentaron. Ambos pueblos se olvidaron de guardar los mandamientos de Dios el Señor e incluso adoraron a dioses paganos.

Dios castigó a los rebeldes: al poco tiempo ya estaban siendo oprimidos por potencias extranjeras.

El pueblo de Israel fue esclavizado primero por los babilonios y los persas, y finalmente cayó en manos de los romanos.

Los creyentes no paraban de pedir ayuda al Dios de sus padres.

Y Dios el Señor sintió piedad de ellos. A través de sus profetas anunció al pueblo de Israel que enviaría al Mesías, el redentor de los pecados y las dificultades.

II
Historias del
Nuevo Testamento



El milagro de Belén



El ángel mensajero

Esto sucedió hace más de dos mil años, un tiempo tan lejano que resulta difícil de imaginar.

El pueblo de Israel esperaba desde hacía siglos a su redentor, la persona que los liberaría de la tiranía de reyes crueles, de la pobreza, las dificultades y la esclavitud.

Y Dios el Señor atendió sus plegarias.

La Biblia relata lo que sucedió:

El rey Herodes gobernaba en el país de Judea. Vivía en un fastuoso palacio situado en Jerusalén, la capital, donde celebraba fiestas por todo lo alto.

Herodes recompensaba a todos aquellos que lo halagaban, pues era muy vanidoso. En cambio, ordenaba persecuciones y terribles castigos a todos aquellos a quienes consideraba sus enemigos. Muchas veces personas inocentes, calumniadas por gentes malas, resultaron víctimas de su ira.

Pero Herodes también tenía que obedecer a alguien. El país de Judea había sido conquistado por los romanos y era parte del Imperio Romano. Augusto, el emperador romano, era el señor supremo de Judea. De modo que Herodes, el rey de los judíos, estaba obligado a obedecer las órdenes del emperador romano.

En aquellos días ocurrió un milagro en la tierra de los judíos.

Dios el Señor envió al ángel Gabriel a la ciudad de Nazaret.

Llevaba un mensaje para la Virgen María, que estaba comprometida con el carpintero José.

El ángel le dijo:

—¡Salve, María! El Señor es contigo.

Ella se asustó con ese saludo pero el ángel la tranquilizó.

—No te asustes —le dijo—. Dios te ha elegido. Tendrás un hijo al que llamarás Jesús. Será rey y lo llamarán Hijo de Dios.

María le respondió:

—Soy una sierva del Señor. Que ocurra lo que has dicho.

El ángel se inclinó ante ella y se fue.

María esperaba a Jesucristo, que venía al mundo con el fin de liberarlo de los males.

La estrella sobre el pesebre



Un día, Augusto, el emperador romano, ordenó que todos los habitantes de Judea tenían que pagar impuestos a Roma.

Para determinar cuánto dinero podría recolectar, encargó al rey Herodes que realizara un censo.

Entonces Herodes ordenó que cada hombre regresara con su familia al lugar en el que había nacido, donde tendría que inscribirse en el registro del censo. Este proceso resultaba complicado, pero al rey no se le ocurrió nada mejor. José y María vivían en Nazaret, pero José había nacido en Belén. De modo que María, que ya se había casado con él, se vio obligada a viajar al lejano

Belén para inscribirse allí en el censo.

El viaje resultó especialmente duro para María, pues Jesús estaba a punto de nacer. Lo hizo sentada sobre el lomo de una mula, donde se mantuvo en silencio casi todo el camino.

José conducía la brida del animal con mucho cuidado. El sendero atravesaba montañas y era accidentado. El viaje duró varios días.

Cuando finalmente llegaron a Belén, no encontraron cobijo. Los albergues y todas las casas estaban repletas. Mucha gente había llegado antes que ellos a la ciudad para inscribirse en el censo.

Y María sintió que Jesús estaba a punto de nacer.

José buscaba con desesperación un lugar en el que pudieran pasar la noche.

Hasta que una mujer piadosa les señaló un establo que se encontraba a las afueras de la pequeña ciudad.



María dio a luz a Jesús en aquel establo. Lo envolvió en pañales y lo colocó en uno de los pesebres.

Una estrella brillaba sobre el establo, tan clara y luminosa como ninguna otra

estrella jamás había brillado.

En aquellas horas, varios pastores cuidaban de sus rebaños de ovejas en los prados que rodeaban a Belén. Y un ángel resplandeciente como el cielo se apareció ante ellos, causándoles un gran susto.

El ángel les dijo:

—No temáis. Vengo a daros una buena nueva. Hoy en Belén ha nacido el Redentor. Es un niño. Lo encontraréis dormido en un pesebre.

El resplandor celeste se transformó en una luz tan brillante que convirtió en día la noche. Una multitud de ángeles apareció cantando:

«¡Gloria a Dios en las alturas
y paz en la Tierra a todos los hombres!».

Los pastores apenas podían contener el aliento. Incluso las ovejas se quedaron quietas.

Cuando el canto cesó y la luz celestial se extinguió, sólo la estrella que se encontraba sobre el establo seguía reluciendo.

Los pastores se dijeron:

—Vámonos a Belén a ver lo que ha ocurrido allí.

Encontraron a María y a José, y vieron al niño en el pesebre. Entonces se arrodillaron y lo adoraron.

A la mañana siguiente le contaron a sus amigos y conocidos lo que habían vivido, y todos se maravillaron.

Los sabios de Oriente



En el Lejano Oriente vivían tres hombres sabios. Eran astrólogos, y podían leer el destino de la Humanidad en el curso de las estrellas. A pesar de que vivían en ciudades distintas y muy lejanas entre sí, los tres vieron una noche una estrella muy brillante en el cielo. Advirtieron que se trataba de la «Estrella del Rey», que anunciaba el nacimiento de un gran soberano, ¡tal vez incluso el nacimiento del redentor del mundo!

Así que tomaron sus camellos y cabalgaron en la dirección que les marcaba la estrella. Querían visitar al niño rey y ofrecerle regalos. El camino de los tres sabios se unió a las afueras de Jerusalén.

En ese momento, la estrella dejó de brillar.

—En Jerusalén vive el rey Herodes —se dijeron—. Seguro que el niño rey ha nacido en su palacio.

Llegaron hasta Herodes, se inclinaron ante él y le preguntaron:

—¿Dónde está el rey de los judíos, que acaba de nacer? Vimos su estrella y hemos venido para adorar al niño. Creemos que será el redentor al que tantos esperan.

Esta información aterrizó a Herodes, quien no sabía nada de ningún rey

recién nacido. El rey de Judea era él, Herodes, y nadie más. Claro que estaba obligado a obedecer al emperador Augusto, pero él era el rey. Y quería seguir siéndolo durante muchos años.

—Este niño podría usurpar mi trono un día —pensó atropelladamente—.

¡Pero no dejaré que esto suceda!

—Descansad un poco —dijo a los sabios—. Os haré traer un refrigerio y algo de beber, y mientras tanto averiguaré dónde podéis encontrar al pequeño.



—Pero ¿es que no se encuentra en tu palacio? —preguntaron asombrados los sabios.

—No —respondió Herodes con fastidio—. No tengo ningún hijo recién nacido.

Los sabios aceptaron la invitación de Herodes.

El rey mandó llamar a sus sacerdotes más sabios y les preguntó dónde podía haber nacido este redentor.

Ellos le respondieron:

—En Belén, en tierras judías. Así está escrito en las Sagradas Escrituras.

Herodes volvió donde los sabios de Oriente y les dijo:

—Id a Belén y buscad al niño allí. Cuando lo encontréis, informadme exactamente del lugar donde está para que yo también lo pueda ir a adorar.

Los sabios abandonaron Jerusalén y la estrella volvió a aparecer ante ellos.

La siguieron con el corazón rebosante de alegría, hasta que se detuvo sobre el establo.

Encontraron a María, a José y al niño, y supieron que se encontraban frente al Mesías. Los sabios se arrodillaron ante el recién nacido.

Luego lo obsequiaron con oro, incienso y mirra.

La huida a Egipto



Los tres sabios no regresaron nunca más al palacio de Herodes. Dios el Señor les ordenó mediante un sueño que evitaran al rey a toda costa.

También José recibió un mensaje de Dios el Señor. En sueños se le apareció

un ángel y le dijo:

—José, levántate y huye a Egipto con el niño y su madre. Date prisa, pues Herodes pretende matar al recién nacido.

Esa misma noche, José, María y Jesús emprendieron el largo camino a Egipto.

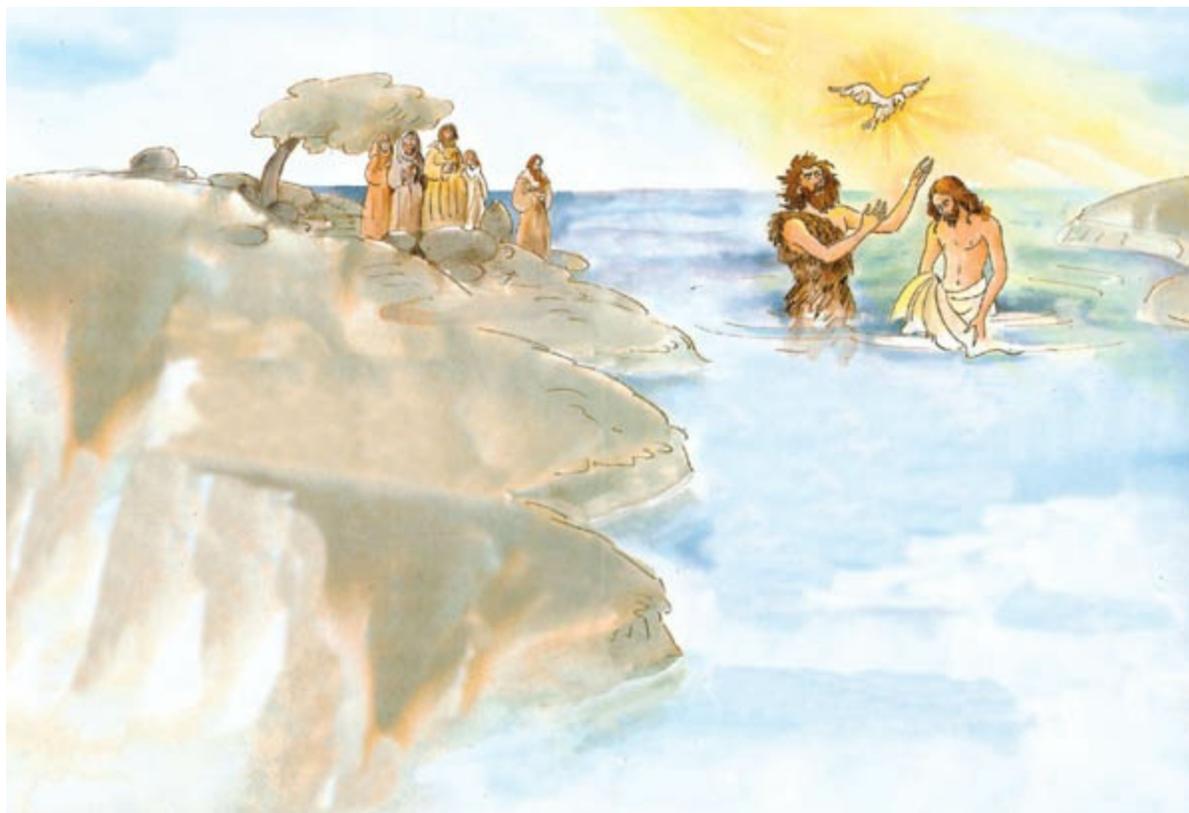
El rey Herodes estaba furioso. Los tres sabios lo habían engañado. Y, por más que los buscó, no consiguió dar con ellos.

Un ángel de Dios protegía a José, a María y al niño, y los ocultó de todos sus enemigos...

Cuando Herodes murió, el ángel volvió a aparecersele a José y le dijo que ya podía regresar a su patria junto con María y Jesús. De modo que volvieron a Nazaret.

En aquella ciudad transcurrió la infancia y la adolescencia de Jesús.

Jesús en Galilea



El bautizo en el Jordán

Jesús ya tenía treinta años de edad.

El pueblo de Israel continuaba languideciendo bajo el dominio romano. Su impaciencia por la llegada de un redentor crecía sin cesar.

Por aquel entonces, un tal Juan predicaba a orillas del río Jordán. Se comentaba que era un profeta que vivía en una cueva cercana al río, que vestía con un sayo de piel de camello, se alimentaba de saltamontes y miel, y bebía el agua de las fuentes del desierto. Hasta allí nada resultaba extraño, pues en aquella época había muchas personas que vivían de ese modo.

Pero también se decía que este tal Juan anunciaba el Reino de Dios. Esto sólo podía significar que Dios el Señor por fin enviaría a su Mesías, ¡al libertador de la tiranía de los romanos!

Los peregrinos se dirigían en multitudes al río Jordán para oírlo.

—¡El Reino de Dios está cerca! —les decía Juan—. ¡Bautizaos, para que las aguas del Jordán limpien lo malo que lleváis y os haga dignos de entrar en el Reino de Dios!

Así bautizaba a los peregrinos con agua del Jordán.

—¿Y qué podemos hacer para continuar siendo dignos? —le preguntaban los bautizados.

Juan les respondía:

—El que posea dos abrigos, que regale uno al que no tenga ninguno. El que tenga suficiente de comer, que alimente a los que pasan hambre.

—¿Quién eres tú? —le preguntaban otros—. ¿Eres tú el Mesías?

—Soy un hombre que clama en el desierto —decía Juan—.

No soy el Mesías. Él vendrá y será más poderoso que yo, pues no bautizará con agua sino con el Espíritu Santo, que viene de Dios el Señor. Sólo le estoy preparando el camino.

También Jesús de Nazaret fue a bautizarse.

Juan se inclinó ante él y le dijo:

—¿Por qué vienes hasta mí? Soy indigno de ti. Tú tendrías que bautizarme a

mí, y no yo a ti.

—Bautízame —pidió Jesús—. Es la voluntad de Dios el Padre.

—Entonces lo haré —dijo Juan, y lo bautizó.

Cuando Jesús salió de las aguas del Jordán, el cielo se abrió.

El espíritu de Dios descendió en forma de paloma y se escuchó la voz de Dios que decía:

—Este es mi hijo amado, en quien tengo complacencia.

Las bodas de Canaán



Después de su bautizo en el Jordán, Jesús regresó a Galilea, el país en el que había crecido.

Pocos días después de su llegada, asistió con sus amigos y su madre María a una boda a la que habían sido invitados. En eso se terminó el vino, pues vinieron más invitados de lo esperado y las familias de los novios eran

demasiado pobres para comprar más.

—No tienen más vino —le dijo María a su hijo.

—Mi hora todavía no ha llegado —respondió Jesús misteriosamente, pero María detectaba la piedad en su voz.

—Haced lo que os diré —susurró a los que servían.

Jesús señaló seis tinajas grandes de piedra y les dijo que las llenaran de agua. Los criados así lo hicieron.

—Llenad ahora una copa de las tinajas y llevadla al maestresala —volvió a ordenar Jesús.

Los criados obedecieron.

El maestresala, el encargado de probarlo todo antes de que se sirviera a los invitados, bebió de la copa, giró la cabeza, hizo un chasquido con la lengua y le dijo al novio:

—¿Por qué reservas tu mejor vino para el final? ¡Nunca había probado un vino tan exquisito!

Jesús había transformado el agua en vino. La noticia de este milagro se extendió por toda Galilea y más allá de sus fronteras.

Tiempo después, Jesús se encontraba en el lago Genesaret, en la ciudad de Cafarnaúm. Allí se encontró con los pescadores Simón y Andrés.



Ambos estaban de mal humor, pues habían pasado muchas horas pescando pero casi no habían capturado nada.

—Volved al lago y soltad vuestras redes —dijo Jesús, con tanta determinación que los dos hombres le hicieron caso.

Y pescaron tantos peces que sus redes casi se rompen.

—Señor, has hecho un milagro —dijeron Simón y Andrés, y se arrodillaron ante él.

Él los levantó y les dijo:

—Seguidme. Yo os haré pescadores de hombres.

Ellos abandonaron sus barcas y lo siguieron...

Además de Simón (al que conocemos mejor por el nombre de Pedro) y su hermano Andrés, otros diez hombres decidieron seguir a Jesús. Él los llamaba discípulos o apóstoles, y por eso han pasado a la historia como los «Doce Apóstoles». Después de Pedro, los más conocidos son Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Ellos escribieron la historia de Jesús en los «Cuatro Evangelios». Por esta razón se conoce a Mateo, Marcos, Lucas y Juan como los «Cuatro

Evangelistas».

El centurión de Cafarnaúm



Jesús recorrió toda Galilea acompañado de sus discípulos, predicando al pueblo el Reino Celestial de su padre. Exhortaba a todo el que lo oía a cumplir los mandamientos de Dios y a hacer el bien. Enseñaba a rezar y realizaba milagros.

En Cafarnaúm sanó a los enfermos colocando sus manos sobre ellos. Consoló a las personas que se sentían afligidas.

En aquella ciudad había un campamento romano. Sus soldados cuidaban de que los habitantes de Galilea no se rebelaran contra el gobierno romano. Un centurión los comandaba. Se trataba de un hombre justo, que deseaba la paz. Aunque adoraba a dioses paganos, permitió que los judíos construyeran una sinagoga.

En eso, su criado cayó enfermo y ningún médico conseguía curarlo. El centurión sentía un gran apego por su criado, pues este le había salvado la vida en una ocasión.

Cuando el centurión oyó hablar de los milagros de Jesús, se acercó a Él y le dijo: —Señor, mi criado está enfermo, grandes dolores lo hacen sufrir.

—Llévame a él —dijo Jesús.

Entonces, el centurión se arrodilló ante Jesús y le dijo humildemente:

—Señor, soy un pecador, no soy digno de que entres en mi casa. Pero con una palabra tuya mi criado sanará. —En verdad os digo que nunca he encontrado tal fe en todo Israel —declaró Jesús a la gente que lo acompañaba.

Y al centurión le dijo:

—Tu fe te ha salvado.

Cuando el centurión llegó a su casa, su criado había sanado.

El sermón de la montaña



El milagro que obró Jesús con el criado del centurión también se difundió con rapidez. Muchos hombres, mujeres y niños se acercaron a este hombre capaz de hacer prodigios para verlo y escuchar lo que decía.

Se encontraban un día en la falda de una montaña, y Jesús dijo:

—Bienaventurados los modestos ante Dios el Señor, pues de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados los que sufren, pues ellos serán consolados.

Bienaventurados los bondadosos, pues ellos dominarán la Tierra.

Bienaventurados los justos, pues ellos recibirán justicia.

Bienaventurados los misericordiosos, pues la misericordia será su recompensa.

Bienaventurados los de corazón limpio, pues ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pacíficos, pues serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los que padecen persecución injustamente, pues el Reino de los Cielos está abierto para ellos.

Jesús habló durante mucho tiempo con la gente, respondió sus preguntas y les dio buenos consejos.

Cuando faltaba poco para la noche, el cielo se oscureció pues se acercaba una tormenta.

—Tenemos que alcanzar la otra orilla del lago lo antes posible

—dijo Simón Pedro.

Jesús, sus discípulos y algunos amigos tomaron la última barca.

La tormenta se desató cuando llegaron al centro del lago. Unas olas tremendas agitaban la barca con violencia.

Mientras eso sucedía, ¡Jesús dormía apaciblemente! Sus discípulos lo despertaron.

—¡Ayúdanos, Señor! —le suplicaban—. ¡Nos ahogaremos!

—¿Por qué teméis? —preguntó Jesús—. ¿Tan poca es vuestra fe?

Se levantó, extendió sus manos hacia la tormenta y ordenó:

—¡Cálmate!

La tormenta cesó de inmediato. Las olas desaparecieron y las nubes se desvanecieron para dejar paso a las estrellas.

Todos los pasajeros de la barca se arrodillaron ante Jesús, al que incluso las tormentas obedecían.

El milagro de los panes y los peces



Un día, una multitud se reunió en torno a Jesús.

La Biblia cuenta que eran unas cinco mil personas. Se congregaron en la falda de una montaña para escuchar las palabras del Maestro. Al final de la tarde, uno de los discípulos propuso:

—Pronto será de noche. Digamos a la gente que vaya al pueblo a comprar comida y bebida.

—Dales tú de comer —le dijo Jesús.

El discípulo negó con la cabeza.

—Es imposible. Un joven ha traído consigo cinco panes de cebada y dos peces. Pero ¿qué es tan poca comida para tanta gente?

Jesús mandó llamar a ese joven. Tomó los panes y los peces, miró hacia el cielo, rezó, partió los panes y los repartió entre sus discípulos quienes a su vez los distribuyeron entre los hombres, mujeres y niños que estaban allí reunidos.

Jesús también repartió los peces.

Y todos comieron y todos quedaron satisfechos porque los panes y los peces se multiplicaron.

Los discípulos recogieron las sobras para que no se desperdiciara nada y llenaron varios cestos con ellas.

Los testigos de este milagro alabaron a Dios el Señor, y dijeron: —Es un enviado del cielo.

Como el pueblo se sentía perdido, Simón Pedro se adelantó y le pidió a Jesús: —Señor, enséñanos a rezar.

—Oíd entonces —dijo Jesús, y elevando las manos dijo:

—Padre nuestro que estás en el Cielo,
santificado sea tu nombre.

Venga a nosotros tu reino.

Hágase tu voluntad

así en la Tierra

como en el Cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada

día, y perdona nuestras ofensas,

así como nosotros perdonamos

a los que nos ofenden.

No nos dejes caer en la tentación,

y líbranos del mal.

Pues tuyo es el reino,

Y tuyo el poder

y la gloria

por siempre.

Amén.

El buen samaritano



Cada vez eran más las personas que venían a ver a Jesús. Algunos porque querían que los sanase, otros para oír sus sabias palabras. Pero Jesús también despertaba recelo y envidia. Los fariseos y los religiosos, que seguían las Sagradas Escrituras al pie de la letra, temían que Jesús pudiera alejarse de la fe de los patriarcas. De modo que decidieron ponerlo a prueba, y enviaron a un sacerdote a que le hiciera una pregunta:

—¿Qué debo hacer para entrar en el cielo?

—¿Qué dicen las Sagradas Escrituras? —le preguntó Jesús como respuesta.

—Hay que amar a Dios el Señor con todo el corazón... y amar a los semejantes como a uno mismo —contestó el hombre.

Sin embargo, luego preguntó:

—Pero ¿quién es mi semejante?

Jesús le contó entonces una historia:

—Un hombre de Judea caminaba de Jerusalén a Jericó. En el camino fue atacado por unos ladrones que lo golpearon y lo dejaron tirado en el suelo, agonizando. Un sacerdote pasó a su lado y apremió el paso. Después pasó un

levita, de los que ayudan al sacerdote en el templo, que hizo lo mismo. Y por último pasó un samaritano, es decir, un hombre perteneciente al pueblo que es enemigo de Judea, que se apiadó del herido, curó sus heridas, le dio de beber, lo colocó sobre su mula, lo llevó hasta una posada y pagó al posadero para que cuidara de él.

Jesús miró al sacerdote y le preguntó:

—¿Quién de estos tres hombres era el prójimo del herido?

—El que se apiadó de él —respondió el religioso.

—Así es —dijo Jesús—. Haz como él.

Tú eres Cristo



Jesús y sus discípulos recorrieron el país durante tres años. Jesús predicó la gloria eterna que espera a todos aquellos que se arrepientan de sus pecados y hagan el bien a sus semejantes. Sanó a sordos, paralíticos y leprosos. Hizo

que los ciegos recuperaran la vista y devolvió el habla a los mudos. Su fama se expandió a la velocidad del viento. Allá donde iba se le acercaban siempre multitudes de gente.

Jesús se sentía especialmente cercano a los niños. Un día, sus discípulos intentaban alejar de él a un montón de niñas y niños que lo rodeaban, y Jesús les dijo:

—Dejad que los niños vengan a mí, pues de ellos es el Reino de los Cielos.

Pero el odio y la envidia de sus enemigos iba en aumento.

En una ocasión, Jesús le preguntó a sus discípulos:

—¿Qué dice la gente sobre mí?

Le respondieron:

—Algunos dicen que eres Juan el Bautista. Otros te consideran Moisés.

Algunos creen que eres el profeta Elías u otro profeta nuevo.

—Y vosotros, ¿quién creéis que soy? —preguntó Jesús.

Simón Pedro respondió en nombre de todos:

—Tú eres Cristo el Salvador, el Hijo de Dios vivo.

Jesús le dijo:

—Esta revelación no proviene de tu entendimiento, Simón, sino de mi padre, que está en el Cielo. Pero te digo que eres Pedro, que significa «piedra».

Sobre estas piedras he de construir mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán sobre ella.

A ti entregaré las llaves del cielo. Lo que ates en la Tierra quedará atado en el cielo, y lo que desates en ella, también quedará desatado allí.



Poco tiempo después, Jesús se dirigió hacia las montañas acompañado de Simón Pedro, Santiago y Juan. Caminaron un buen rato hasta que la noche cayó sobre ellos.

Los discípulos, agotados por la caminata, se recostaron sobre una pared de piedra.

Jesús empezó a rezar, y de pronto los tres discípulos fueron presas del pánico, pues la cara del Maestro relucía con un brillo celestial y de su túnica emergía una luz cegadora.

Moisés y el profeta Elías aparecieron a su lado y se arrodillaron respetuosamente ante él.

—¡Este es mi hijo amado! —dijo la voz de Dios desde una nube—.

¡A Él deben oír!

Simón Pedro, Santiago y Juan se tiraron al suelo y cerraron los ojos, pues no soportaban tanta luz.

Sólo se atrevieron a mirar cuando Jesús los tocó. El brillo celestial había desaparecido.

—Levantaos y no temáis —dijo Jesús—. Pero no le expliquéis a nadie lo que

habéis visto. Hablad de ello sólo después de que el Iluminado haya regresado de entre los muertos.

Ellos no entendieron el significado de estas palabras, pero juraron que no dirían nada.

Jesús va a Jerusalén



Lázaro, sal fuera

Se acercaba la fiesta de la Pascua.

Los judíos la llamaban «pessah». La celebraban para conmemorar el día en que Moisés había liberado al pueblo de Israel de la esclavitud de los egipcios. Durante la fiesta de la Pascua, los creyentes venían a Jerusalén de todas partes. Visitaban el templo, realizaban ofrendas y rezaban.

—Mi hora ha llegado —dijo Jesús a sus discípulos—. Iremos a Jerusalén.

Ellos no entendieron lo que había querido decir, y uno le preguntó:

—¿Por qué dices que tu hora ha llegado?

Jesús le contestó:

—El sumo sacerdote y el consejo de los escribas y fariseos desean mi muerte y me entregarán a los romanos. El gobernador me condenará, pero yo venceré a la muerte.

Los discípulos entendían todavía menos que antes, pero no se atrevieron a hacer más preguntas. Jesús estaba raro, parecía ausente, como si estuviera en otro mundo.

Llegaron a un pueblo llamado Betania, que quedaba camino de Jerusalén.

Allí vivían las hermanas María y Marta junto con su hermano Lázaro. Jesús los conocía muy bien, pues eran sus amigos.

Pero cuando se acercó a su casa se encontró con una gran tragedia. Lázaro había muerto. Ya hacía cuatro días que lo habían enterrado.

María y Marta lloraban desconsoladas.

Jesús les pidió que lo condujesen a la tumba. Algunos curiosos lo siguieron.

La tumba era una cueva cuya entrada estaba tapada por una piedra.

—Retirad la piedra —ordenó Jesús.

Dos hombres lo hicieron.

Jesús levantó las manos hacia el cielo y rezó en silencio. Luego dijo hacia la cueva:

—Lázaro, sal fuera.

Nadie era capaz ni de respirar. Y el muerto salió de su tumba. Caminaba

dando pequeños pasos, pues todo su cuerpo estaba envuelto con vendas de lino.

—Quitadle las vendas —dijo Jesús.

Y así lo hicieron.

Lázaro se encontraba sano y en perfecto estado. Pero cuando vio a la multitud, creyó que estaba despertando de un sueño.

Uno de los presentes exclamó en voz alta:

—Este Jesús es de verdad un enviado de Dios.

—Hasta la muerte lo obedece —murmuró otro, haciendo una profunda reverencia.

Loado sea el que viene en nombre del Señor



Jesús entró en Jerusalén montado sobre un burro joven que unos amigos le habían regalado.

La noticia de que Jesús iba a venir se había propagado rápidamente. Una enorme multitud se había reunido a las puertas de la ciudad para saludar al Enviado de Dios, que había llevado a cabo tantos milagros. Los hombres, las mujeres y los niños lo aclamaban, elevando ramos de palmas a su paso y gritando:

—¡Loado sea el que viene en nombre del Señor!

Jesús los bendecía.

En Jerusalén, Jesús se dirigió en seguida al templo, donde se encontró con un escándalo tremendo. Los cambistas habían instalado sus mesas en uno de los vestíbulos. Los mercaderes vendían los animales para realizar sacrificios. Los cabritos y los corderos balaban mientras tiraban de las cuerdas que los apresaban. Las palomas revoloteaban dentro de sus jaulas.

Los cambistas y los mercaderes gritaban a los clientes. Decían palabrotas y maldecían cuando los animales se escapaban o cuando los clientes regateaban los precios.

Jesús, lleno de cólera divina, puso fin a todo esto, ahuyentó a los mercaderes con un látigo, golpeó las mesas de los cambistas y liberó a los animales.

—¡El templo de mi Padre es un lugar de oración! —gritó con una poderosa voz—. ¡Y vosotros lo habéis convertido en una cueva de ladrones!

De ese modo se ganó la enemistad de los mercaderes y los cambistas, quienes se quejaron ante el alto consejo que ejercía la vigilancia del templo.

—El pueblo aclama a este tal Jesús —dijo uno de los consejeros—.

El Nazareno daña nuestro nombre y podría ser peligroso para nosotros.

Tenemos que apresarlo y hacerlo desaparecer para siempre.

—Si lo encarcelamos durante el día el pueblo se alzarán —previno otro consejero—. Los romanos nos atacarían y nos oprimirían con mayor fuerza que antes.

—Pensemos bien cómo actuar —dijo el sumo sacerdote.

Reflexionaron durante mucho tiempo. Y un traidor acudió en su ayuda. Judas Iscariote, uno de los discípulos de Jesús, visitó en secreto al consejo y les dijo:

—Puedo señalaros dónde y cuándo podríais apresar a Jesús de Nazaret sin que sus seguidores estén cerca para ayudarlo. ¿Qué me pagáis a cambio? Le ofrecieron treinta monedas de plata. Y Judas aceptó.

Jesús triunfa sobre la muerte



La última cena

El jueves antes de la fiesta de Pascua, Jesús se reunió a cenar con sus doce discípulos. Un amigo de Jerusalén los había alojado en su casa.

La mesa estaba servida con los platos y bebidas que los israelitas habían comido y bebido la noche antes de su huida de Egipto: pan sin levadura y vino, hierbas amargas, nueces, higos, pasas, vinagre y sal. Sólo faltaba el cordero pascual.

Jesús estaba muy triste. Sus discípulos jamás lo habían visto tan afligido.

—¿Qué te atormenta, maestro? —le preguntó Simón Pedro.

Jesús respondió:

—Uno de vosotros me traicionará.

Los discípulos se asustaron y preguntaron:

—¿Quién será, Señor?

Jesús dijo:

—Aquel a quien yo entregue el pan.

Tomó un pedazo de pan, se lo dio a Judas Iscariote y le dijo:

—Haz de una vez lo que tengas que hacer.

Judas salió de prisa de la casa en plena noche.

Cuando el traidor hubo salido, Jesús tomó el pan, lo bendijo y lo partió.

Luego lo repartió entre sus discípulos y dijo:

—Tomad y comed todos de él, pues este es mi cuerpo.

Cogió el cáliz, lo bendijo y lo pasó a sus discípulos diciendo:

—Tomad todos de él. Esta es mi sangre, la sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por vosotros y muchos más para el perdón de los pecados.

Miró a todos sus apóstoles y les dijo:

—Recordadme cada vez que comáis el pan o bebáis del cáliz. Después de la comida, Jesús se fue a rezar con sus discípulos al monte de los Olivos.

Llegaron hasta el jardín de Getsemaní, que estaba rodeado por un muro.

Frente a la puerta, Jesús dijo a sus discípulos:

—Quedaos aquí mientras rezo.

Sólo Simón Pedro, Santiago y Juan pudieron acompañar a Jesús dentro del jardín.

Pero Judas lo había seguido en la sombra.

Después, corrió a dar la noticia al sumo sacerdote.

—Jesús se ha ido a Getsemaní —dijo sin aliento—. Once discípulos lo acompañan, pero sólo tres de ellos están con él en el jardín.

—¿Y cómo lo reconocerán mis guardias?

—preguntó el sumo sacerdote.

—Yo los guiaré —dijo Judas—. Le daré un beso en la mejilla.

El juicio de Jesús



El silencio reinaba en el jardín de Getsemaní.

—Siento un miedo de muerte —dijo Jesús a Simón Pedro, Santiago y Juan—.

Velad y rezad aquí conmigo.

Caminó unos pasos, se arrodilló e imploró:

—Padre en el Cielo, no me dejes sufrir.

Luego inclinó la cabeza y añadió:

—Pero que se cumpla tu voluntad, no la mía.

Regresó donde estaban Simón Pedro, Santiago y Juan pero los halló dormidos.

—¿Es que no podéis velar conmigo ni por un momento? —les reprochó Jesús

—. ¡Despertad y orad! Los tres le prometieron que así lo harían.

Jesús se volvió a arrodillar y rogó:

—Padre en el Cielo, apiádate de mí. Cúmplase lo que has dispuesto para mí.

Cuando regresó, los tres discípulos se habían vuelto a dormir. Pero ya no los volvió a despertar. Rezó por tercera vez, sin ninguna compañía. El miedo de muerte lo hacía sudar, y el sudor era rojo como la sangre. Un ángel descendió del Cielo y consoló al desesperado.

Más tarde, Jesús se dirigió serenamente a sus discípulos:

—Levantad, ya ha llegado el traidor.

En efecto, la luz de unas antorchas se acercaba. Se oía el chirriar de unas espadas. Judas Iscariote conducía a una tropa de guardias bien armados. El traidor se acercó a Jesús.

—Maestro, deja que te salude —dijo, y lo besó en la mejilla.

Los guardias apresaron a Jesús, lo ataron y se lo llevaron.

Los discípulos, asustados, huyeron. Los guardias condujeron a Jesús hasta el palacio del sumo sacerdote, donde se hallaba el consejo. Los fariseos y los escribas juzgaron a Jesús, pero no pudieron demostrar que hubiera cometido ningún delito.

Así que el sumo sacerdote dijo:

—La gente dice que tú eres el hijo de Dios.



Se levantó y exclamó:

—¡Yo te conjuro!

—Dinos si eres Cristo el Salvador, ¡el hijo de Dios!

—Lo soy —respondió Jesús.

—¡Es una blasfemia! —gruñó el sumo sacerdote—. ¡Merece la pena de muerte!

—¡La pena de muerte! —repetieron los demás.

Pero sólo los gobernadores romanos podían enunciar y hacer cumplir las condenas a muerte. De modo que, el viernes por la mañana, el sumo sacerdote y sus cómplices llevaron a Jesús hasta Poncio Pilatos, el representante del emperador romano.

—¿De qué se le acusa? —preguntó el gobernador.

—¡Ha cometido blasfemia! —contestaron—. Dice que es el Hijo de Dios. Por ello merece la pena de muerte.

—Ah no —dijo Poncio Pilatos—. Yo no tengo los mismos dioses que vosotros. Mis dioses tienen muchos hijos y muchas hijas.

Ser hijo de un dios no es ningún delito para mí.

Los acusadores se encontraron en un aprieto.

En eso dijo el sumo sacerdote:

—Sus seguidores creen que es el rey de los judíos.

—Eso sí es grave —concedió Poncio Pilatos—. El rey de los judíos es el emperador de Roma y nadie más.

Se acercó a Jesús y le preguntó:

—¿Eres tú un rey?

Y Jesús le respondió:

—Soy un rey, pero mi reino no es de este mundo.

Pilatos se echó a reír.

—Un rey cuyo reino no es de este mundo no representa ningún peligro para mi emperador —dijo burlescamente—. Jesús es un loco, no veo ningún mal en él.

El sumo sacerdote se llevó a Poncio Pilatos aparte y le dijo:

—Si no condenas a este blasfemo y enemigo del Imperio Romano, ¡traicionas al emperador! Tengo amigos en Roma que pueden conseguir que seas destituido como gobernador. Cuando el emperador se entere de que has perdonado a Jesús, el enemigo del Imperio, probablemente te condene a muerte. Piensa, Pilatos, y sé inteligente. Declara culpable al acusado antes de que todo Jerusalén se alce contra ti.

El gobernador Poncio Pilatos temió entonces por su vida y condenó a Jesús a morir en la cruz.

La cortina del templo se desgarró



La colina llamada Gólgota, que significa «el lugar de la calavera», estaba situada justo frente al muro de Jerusalén. Allí Jesús fue crucificado junto con dos ladrones que solían robar a los guerreros romanos.

Era viernes por la mañana, más o menos las nueve según nuestro cálculo horario.

Los enemigos de Jesús se burlaban del crucificado.

—¡Si eres el Hijo de Dios, entonces bájate de esa cruz! —decían riendo.

Otros lo ridiculizaban:

—Salvó a otros, pero no puede salvarse a sí mismo.

Y había quien gritaba irónicamente:

—¡Salve, rey de los judíos!

—Padre, perdónalos —murmuró Jesús—, pues no saben lo que hacen.

Su madre María y Juan, su discípulo, los dos doloridos e impotentes, eran quienes estaban más cerca de Él al pie de la cruz. Jesús le dijo a su madre:

—Mira, este es tu hijo

Y a Juan:

—Mira, esta es tu madre.

Desde aquel momento, Juan cuidó de la madre de Jesús.

Las horas transcurrían con dolorosa lentitud.

En la tarde de aquel día, más o menos a las tres, Jesús miró hacia el cielo y dijo con voz poderosa:

—¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!

Y luego murió.

El cielo se oscureció. La tierra tembló. Los muros se derrumbaron. Los rayos cayeron del cielo y la cortina del templo se desgarró.

Jerusalén cayó presa del pánico.

—Verdaderamente, este hombre era el hijo de Dios —dijo el soldado romano que estaba junto a la cruz de Cristo.

El rico José de Arimatea, un admirador de Jesús, pidió a Pilatos que le permitiera enterrar al crucificado. El gobernador no puso ninguna objeción. José y su amigo Nicodemo bajaron el cadáver de la cruz, lo vendaron con paños de lino, y lo pusieron en una tumba excavada en la roca que José se había encargado de preparar. Estaba ubicada en un jardín próximo al Gólgota. Deslizaron una pesada piedra para tapar el sepulcro y lo abandonaron en silencio.

También el sumo sacerdote y algunos escribas le hicieron una visita a Pilatos aquel día.

—Este Jesús decía que resucitaría al tercer día después de su muerte —le dijeron—. Aunque sabemos que esto es imposible, estamos preocupados.

—¿Qué queréis? —preguntó el gobernador.

—Permítenos colocar una guardia frente al sepulcro —solicitó el sumo sacerdote—. Los discípulos del crucificado podrían robar el cadáver y después decir que Jesús ha resucitado.

Aquella misma tarde, varios guardianes armados del templo se instalaron para guardar el sepulcro de piedra.

Resurrección y ascensión



La Biblia relata así lo que ocurrió el domingo de Pascua, tres días después de la crucifixión:

—Y hubo un gran terremoto, porque un ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, retiró la piedra del sepulcro. Su túnica era blanca como la nieve y su rostro brillaba como un rayo. Los guardias, aterrorizados, se acostaron en el suelo y se hicieron los muertos.

En ese mismo momento, tres mujeres que estaban de duelo por Jesús se dirigían hacia allí para ungir el cadáver, lo que constituía una costumbre piadosa en aquella época.

—¿Y quién nos apartará la piedra de la entrada? —se preguntaban—. Somos demasiado débiles para hacerlo nosotras solas.

Cuando llegaron al sepulcro, encontraron la piedra a un lado de la entrada. Entraron en la cueva y, asustadas, vieron que estaba vacía. Al lado estaba sentado un ángel, vestido con una túnica blanca.

El ángel les dijo:

—No temáis. Buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado. Él ha resucitado. Decídselo a Simón Pedro y a los demás discípulos.

Las mujeres regresaron deprisa a Jerusalén, todavía alteradas pero contentas. Sobre los guardias que tenían que vigilar el sepulcro, la Biblia cuenta: —Corrieron a la ciudad y dieron aviso al sumo sacerdote de todo lo que había ocurrido. El sumo sacerdote se reunió con el consejo. Luego entregó mucho dinero a los soldados y les ordenó: «Decid que os habéis quedado dormidos, y que los discípulos llegaron y os robaron el cadáver».



Los soldados aceptaron el dinero y contaron lo que se les había ordenado. En los cuarenta días siguientes, Jesús se apareció ante sus discípulos, las mujeres santas y sus amigos del pueblo de Emaús, de Jerusalén y del lago Genesaret. Les enseñó las heridas de la crucifixión, habló y partió el pan con ellos.

Cuarenta días después de haber resucitado, se encontró con sus discípulos en una montaña en Galilea.

Los bendijo y les dijo:

—Salid y esparcidos por el mundo, bautizad a los pueblos en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñadles a ellos a practicar lo que yo

os he enseñado. No tengáis miedo, pues estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo. Mientras hablaba, comenzó a ascender lentamente hacia el Cielo, hasta que una nube lo cubrió de las miradas de sus discípulos. Ellos regresaron y cumplieron la misión que Jesús les había encomendado.

Los apóstoles y los misioneros pronto empezaron a propagar las enseñanzas del resucitado por todo el mundo.

Ya en aquella época, la gente llamaba «cristianos» a quienes creían en Jesús Cristo.

Y hoy en día hay millones de cristianos en todo el mundo.

© Schwager & Steinlein Verlag GmbH

Edición especial autorizada para Naumann & Göbel Verlagsgesellschaft mbH
de VEMAG Verlags- und Medien Aktiengesellschaft

Emil-Hoffmann-Straße 1, D-50996 Colonia

Traducción: Mariano Ramírez para Equipo de Edición S.L., Barcelona

Redacción: Equipo de Edición S.L., Barcelona

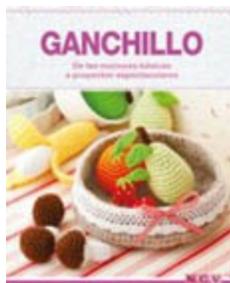
Producción completa: Schwager & Steinlein Verlag GmbH

Reservados todos los derechos

ISBN 978-3-8155-7557-4



Otros eBooks de la editorial NGV



Ganchillo

De las nociones básicas a proyectos espectaculares
(ISBN 978-3-8155-7656-4)



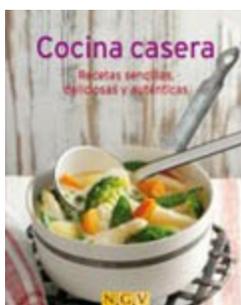
Tricotar

De las nociones básicas a proyectos espectaculares
(ISBN 978-3-8155-7655-7)



La minidieta

Nuestras 100 mejores recetas en un solo libro
(ISBN 978-3-8155-8664-8)



Cocina casera

Nuestras 100 mejores recetas en un solo libro
(ISBN 978-3-8155-8681-5)



Pastelillos & magdalenas

Nuestras 100 mejores recetas en un solo libro
(ISBN 978-3-8155-8668-6)



Cocina vegetariana

Nuestras 100 mejores recetas en un solo libro
(ISBN 978-3-8155-8651-8)